

CAPÍTULO TERCERO

*Dinámicas metropolitanas de poblamiento y segregación*

FRANÇOISE DUREAU

OLIVIER BARBARY

THIERRY LULLE



El período de más alto crecimiento urbano, a mediados del siglo xx, fue particularmente favorable para las ciudades de la cima de la jerarquía urbana de Colombia. Junto con Bogotá, tres grandes ciudades (Cali, Medellín, Barranquilla) superan el millón de habitantes desde 1985. Más recientemente, el reforzamiento del predominio de Bogotá constituye uno de los rasgos más importantes en la evolución del sistema de ciudades colombiano. La evolución de este sistema y el papel de las migraciones en sus transformaciones fueron los objetivos de los capítulos primero y segundo. Adoptaremos ahora una nueva escala de análisis, la de gran ciudad. ¿Qué configuraciones socioespaciales se establecen en las metrópolis colombianas cuya población ha alcanzado millones? ¿Qué modificaciones de forma acompañan las transformaciones en el tamaño de las ciudades? ¿Cómo evolucionan las divisiones sociales de los espacios metropolitanos? Centrando nuestro análisis sobre la distribución espacial de las poblaciones, y adoptando así una lectura en términos de poblamiento, privilegiaremos una lectura del papel cumplido por los habitantes –a través de sus lógicas residenciales y de sus prácticas de movilidad– en la producción de las formas metropolitanas contemporáneas en Colombia. Recíprocamente, esta aproximación conducirá a preguntarnos por las modificaciones de los comportamientos de los habitantes, impuestas por la evolución de las estructuras metropolitanas.

El reconocimiento de los habitantes como actores de pleno derecho en la producción de la ciudad es reciente en Colombia. Marcada por la escuela francesa de sociología urbana (CUERVO, 1995: 2), la lectura de la ciudad desarrollada en Colombia ha privilegiado desde hace tiempo una aproximación estructuralista: las décadas de 1970 y 1980 han dado lugar a importantes trabajos sobre las formas de producción de la vivienda y el espacio urbano. Los habitantes son situados ahora frente a la escena; al tiempo que los investigadores reconocen en los ciudadanos un rol efectivo en la producción de la ciudad, los políticos les imputan una parte de responsabilidad en ciertas disfunciones urbanas. En este balanceo entre una lectura de la ciudad mediante las estructuras urbanas y otra mediante las prácticas de los habitantes, proponemos entonces poner en relación los dos niveles centrándonos sobre dos metrópolis de envergadura internacional y regional: la capital, Bogotá, y la ciudad de Cali.

El camino propuesto, enfocado en sobre las configuraciones espaciales del poblamiento y las incidencias de la movilidad sobre la división social del espacio, encuentra una resonancia particular en Colombia. Estamos en presencia de jóvenes metrópolis, que han experimentado un crecimiento particularmente rápido a mediados del siglo XX: el impacto de las transformaciones en tamaño es particularmente fuerte y el sistema de transporte, poco eficaz y socialmente muy segmentado, refuerza los efectos de distancia, las discriminaciones en el acceso a los recursos urbanos y los fenómenos de segregación espacial. En un contexto donde la autoconstrucción es responsable de entre la tercera parte y la mitad de la construcción de viviendas, las prácticas de los habitantes cumplen un papel mayor –comparativamente al de los actores<sup>1</sup> públicos– en la producción de la ciudad y las modalidades de urbanización. Muy profundas desigualdades en el ingreso económico atraviesan a la sociedad, que ponen en primer plano el problema del acceso a los recursos. Por último, el juicio de los políticos sobre las formas de poblamiento ha sufrido transformaciones sensibles: la segregación, considerada durante mucho tiempo como el problema número uno, ahora compite con la densidad, cuyo nivel actual se considera muy elevado<sup>2</sup>. Por tanto, son argumentos que confieren toda su pertinencia a la cuestión del poblamiento en las grandes ciudades colombianas y a un análisis preciso de la geografía social de los espacios metropolitanos.

La polisemia del término *segregación* hizo correr mucha tinta (BRUN, RHEIN, 1994). Precisemos pues de entrada la posición adoptada en este texto:

[Segregación es] una aceptación puramente empírica y descriptiva, la distinción espacial entre las áreas de residencia de grupos de población que viven en una misma aglomeración (BRUN, 1994: 22).

Nuestro camino se aproxima así a los trabajos sobre las diferenciaciones sociales del espacio, en boga en la producción científica francesa hasta la década de 1970, los cuales fueron sustituidos por análisis centrados en las lógicas de

---

1 El papel de los políticos se analiza en detalle en el capítulo sexto de este libro.

2 Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, 2000.

ciertas categorías de actores. El acento está puesto deliberadamente sobre el factor residencial, entre otros, de la división social del espacio.

Aunque en Colombia se reconoce unánimemente el carácter muy marcado de la segregación, él está frecuentemente más presupuesto que demostrado, y poco contextualizado. El diagnóstico del fenómeno y el análisis del proceso permanecen insuficientes, a imagen de lo que J. BRUN denunció sobre Francia:

en la representación –incluida la representación erudita– [...] la percepción de los problemas sociales asociados con una forma juzgada como patógena prevalece sobre el análisis exacto de esa forma (BRUN, 1994: 40).

En tal contexto, proceder a una descripción precisa del estado de la segregación en las dos ciudades constituye un aporte al conocimiento de las ciudades colombianas, consideradas en perspectiva con otras aglomeraciones. El corpus de información recogido sobre Cali y Bogotá ofrece buenas condiciones para realizar ese diagnóstico. Los censos de 1973, 1985 y 1993<sup>3</sup>, a cuyos archivos individuales la legislación colombiana autorizó el acceso, permiten proceder a un análisis fino de las distribuciones espaciales de las poblaciones según diferentes categorizaciones. Las encuestas biográficas sobre la movilidad espacial, realizadas en Bogotá (CEDE-ORSTOM, 1993) y en Cali (CIDSE-IRD, 1998), y las observaciones antropológicas asociadas, informan sobre las prácticas de movilidad residencial. Por último, el análisis de la encuesta CIDSE-Banco Mundial (1999), unida a la encuesta CIDSE-IRD de 1998, permite captar el problema de la segregación racial en Cali.

Además de la dimensión étnica o racial (desarrollada en los países anglosajones) y la dimensión socioeconómica (la más corriente en Colombia), deben considerarse otros componentes del proceso segregativo: ellos son la traducción, en el espacio urbano, de diferencias sociales en el sentido amplio del término y conducen a la formación, en esos mismos espacios, de culturas y modos de vida particulares. Así, en este capítulo, igualmente tendremos en cuenta el origen migratorio (a través de la localización residencial de diferentes grupos de inmigrantes que se instalan en Bogotá y Cali) y la dimensión demográfica de la segregación (captada a través de la edad de los individuos

---

3 Las fuentes de información, los censos y las encuestas, se presentan en el anexo 2.

y el tamaño de las familias). Comprender bajo el mismo término *segregación* varias formas de diferenciaciones sociales del espacio no significa que ellas procedan de un mismo sistema causal. Al contrario, esta aproximación pluridimensional a la segregación permite justamente abordar “el problema de la imbricación entre los diferentes registros de la distancia social” (GRAFMEYER, 1994: 105), inevitablemente evacuado en los análisis que no tienen en cuenta la dimensión socioeconómica o sociorracial de la segregación.

Una voluntad de comparación entre Bogotá y Cali ha guiado la definición de los temas del análisis, las elecciones metodológicas para los tratamientos estadísticos y cartográficos, y la presentación de los resultados: los indicadores y los mapas han sido establecidos para las mismas variables en las dos ciudades. Sólo el análisis de la dimensión racial de la segregación llevado a cabo en Cali queda pendiente para Bogotá. En su estudio sobre las poblaciones negras de Bogotá realizado en 1996, C. MOSQUERA retoma una frase del discurso bogotano común: “Acá antes no se veían negros”, para subrayar a la vez la “invisibilidad tradicional” de esta población y su aparición reciente en algunos barrios de Bogotá. Desde entonces, flujos de migración económica y de población de refugiados originarios del Pacífico y de la región Caribe han traído consigo la instalación de población negra en algunos barrios donde antes estaba completamente ausente. Pero, en total, la población negra sigue siendo muy minoritaria en Bogotá (8%), sin comparación con su importancia en Cali (26%)<sup>4</sup>, y no disponemos de datos estadísticos confiables que conduzcan a una identificación fenotípica de la población.

Esta aproximación dinámica, comparativa y pluridimensional a las configuraciones socioespaciales de Bogotá y Cali será desarrollada en tres partes.

La primera parte trata sobre el modelo de crecimiento que se presenta en las dos ciudades. Los ritmos de crecimiento, las formas de expansión y la distribución espacial de las densidades estarán en el centro de este análisis del poblamiento de los dos sistemas metropolitanos. Evaluaremos el alcance del modelo puesto en evidencia y su posible especificidad latinoamericana. Por último, interrogaremos las articulaciones entre esas historias urbanas y las trayectorias residenciales de los habitantes.

---

4 Según la ENH, 2001.

Una vez establecido este marco general, la reflexión se orientará hacia las divisiones sociales de los espacios urbanos. La diversidad de dimensiones de la segregación estructura esta segunda parte según tres factores de diferenciación social de los espacios de Bogotá y Cali: la condición social de los hogares, sus características demográficas y los orígenes de los migrantes. Las distribuciones espaciales de la población serán interpretadas a la luz de sus comportamientos residenciales, fuertemente diferenciados. Por último se tratarán los sistemas de representación de la segregación entre quienes producen la ciudad, habitantes y gestores.

En la tercera parte, consagrada a la dimensión racial de la segregación en Cali, comenzaremos describiendo el papel de ese factor en la distribución espacial de la población, teniendo en cuenta el mestizaje afroamericano: la población negra será distinguida de la población afrocolombiana en su conjunto. Sobre la base de índices de segregación, a continuación realizaremos una comparación con Estados Unidos; para terminar nos interrogaremos sobre el peso del factor racial entre las otras dimensiones del proceso segregativo, en particular, sobre la escala fina de los barrios y las viviendas.

## I. FORMAS DE DESARROLLO Y CONFIGURACIÓN DE LOS ESPACIOS METROPOLITANOS

El análisis de las dinámicas socioespaciales de Bogotá y Cali, y la posterior puesta en perspectiva de esas dinámicas con los modelos de urbanización en otras regiones del mundo, muestran las principales especificidades del crecimiento de estas grandes ciudades colombianas. En estas jóvenes metrópolis, la historia de la ciudad, de sus barrios y las trayectorias residenciales de sus habitantes se articulan de manera singular.

### A. BOGOTÁ: EXPANSIÓN ESPACIAL, DENSIFICACIÓN Y METROPOLIZACIÓN

A comienzos del siglo xx, Bogotá contaba apenas con 100.000 habitantes. A fines de 1930, el crecimiento demográfico anual permanecía aproximadamente en un 3%, mientras la ciudad registra en la misma época la más alta tasa de expansión espacial de su historia (7%): la figura arquitectónica del “barrio”

hace su aparición en la periferia, en discontinuidad con el antiguo núcleo urbano.

#### 1. 1940-1970: UNA EXPANSIÓN ESPACIAL MUY RÁPIDA

A partir de la década de 1940, un rápido crecimiento natural y una intensa migración de origen rural aceleraron sensiblemente el ritmo de crecimiento demográfico: la tasa alcanza un 7% anual entre 1951 y 1964, y después un 6% entre 1964 y 1973. La población pasa entonces de 330.000 habitantes en 1938 a cerca de tres millones en 1973. La expansión espacial es aún más rápida: Bogotá estaba 12 veces más extendida en 1973 que en 1938. La densidad de población alcanza entonces su mínimo, pues está bajo el umbral de los 100 habitantes por hectárea a principios de los años 1970 (tabla 3.1).

TABLA 3.1  
EVOLUCIÓN DE LA DENSIDAD. BOGOTÁ (1938-1995)

	1938	1958	1964	1973	1985	1993	1995
Población urbana	330.000*	1.130.000*	1.661.935	2.845.361	4.227.706	5.469.105	
Area urbanizada (ha.)	2.514*	8.084*	14.605*	30.423**	33.149**	37.847**	
Densidad (hab./ha.)	131*	140*	114	94	127	145	162***

Fuentes: Censo de población (DANE, población ajustada).

\* JARAMILLO (1990)

\*\* MONTEZUMA (1997).

\*\*\* Alcaldía de Bogotá (1996).

El extenderse sobre las tierras de la sabana está acompañado por el establecimiento de una nueva organización espacial. El centro tradicional, cuya función comercial y financiera se afirma, es abandonado por las clases acomodadas a cambio de localizaciones más septentrionales, al pie de los cerros situados al oriente. Simultáneamente, se acentúa el carácter popular del sur, mientras la naciente industria se concentra en el oeste de la ciudad, en inmediaciones de la Estación del Ferrocarril. Desde los años 1950, se encuentran así dispuestas las estructuras mayores de Bogotá, que se acentuarán posteriormente. Las clases acomodadas prosiguen su continuo desplazamiento hacia el norte, mientras el frente de expansión hacia el sur de la ciudad es un hecho propio

de las clases pobres. En cuanto a las clases medias, cuyas cifras crecen rápidamente durante este período, ocupan los barrios centrales abandonados por las familias acomodadas, o bien los nuevos barrios del occidente. Esta división social de los espacios residenciales está acompañada por la consolidación de una estructura funcional articulada alrededor de un eje terciario centro-norte y de un eje industrial centro-occidente.

Las viviendas destinadas a las clases medias y acomodadas son en su mayoría producidas en forma individual (*por encargo*, según la terminología propuesta por JARAMILLO): quien accede a la propiedad hace construir su casa sobre el terreno adquirido, por un maestro de obras o un arquitecto. La producción legal de vivienda social resulta muy claramente insuficiente en relación con la demanda<sup>5</sup>. Para alojarse, las poblaciones pobres, mayoritarias, deben entonces compartir con otros hogares viviendas en arriendo en el antiguo centro (inquilinos) o, más frecuentemente, recurrir a la autoconstrucción sobre terrenos periféricos ocupados ilegalmente<sup>6</sup>. Las formas muy segmentadas de producción de vivienda generan una fuerte heterogeneidad en la ocupación del espacio metropolitano, y dibujan un mapa de densidades bastante alejado del modelo concéntrico (mapa 3.1): a los barrios recién urbanizados mediante la producción ilegal de viviendas, donde las densidades permanecen inferiores a los 50 hab./ha., se oponen algunos sectores del centro histórico o del pericentro sur, donde la densidad supera a los 500 hab./ha.

## 2. LA DÉCADA DE 1970: EL INICIO DE LA METROPOLIZACIÓN<sup>7</sup>

Bajo el efecto de la transición demográfica y de un descenso en la intensidad de la migración, Bogotá ingresa en una fase de crecimiento demográfico menos

---

5 Entre 1964 y 1973, los dos organismos a cargo de la vivienda social en Bogotá no produjeron más que 35.000 viviendas, es decir, el 16% de las construidas durante ese período (JARAMILLO, 1990).

6 En Bogotá, como en Cali, contrariamente a lo ocurrido en muchas otras ciudades de América Latina, la invasión permanece como un fenómeno minoritario en el proceso de ocupación ilegal de los terrenos. La urbanización pirata constituye el medio más común.

7 Se refiere al desbordamiento del crecimiento de Bogotá en su periferia metropolitana.

rápido: la tasa pasa por debajo del 4% anual a mediados de los años 1970. La intensa migración rural de los decenios precedentes prosigue no obstante sus efectos: en razón de las modificaciones que ella ha aportado a la estructura por sexo y edad de la capital, el ritmo de crecimiento natural permanece elevado (cap. primero y secciones A y C del capítulo segundo).

Al interior del Distrito<sup>8</sup>, la dinámica de crecimiento varía fuertemente: mientras las localidades centrales pierden población entre 1973 y 1985, otras, todas en la periferia, presentan ritmos de crecimiento muy rápidos (entre 7,5% y 12,5% anuales). La expansión anterior, a lo largo de los ejes de comunicación, que había dejado numerosos intersticios desocupados, cede su lugar a una ocupación más general del espacio al interior del perímetro urbano. El inicio de la construcción en altura provoca la aparición de sectores con densidades muy elevadas: éste es especialmente el caso en el noroccidente, donde se multiplican los edificios de apartamentos para las clases medias. En cuanto al centro histórico, incluso cuando experimenta una pérdida de población entre 1973 y 1985, conserva una densidad elevada.

Los ritmos de crecimiento de los municipios vecinos de Bogotá muestran que esta dinámica de poblamiento franquea los límites del Distrito. Integrados en esta dinámica de crecimiento metropolitano, los municipios periféricos más próximos (Soacha, Chía, Cota) experimentan una clara aceleración de su crecimiento<sup>9</sup>. Desde 1973, la población del Distrito de Bogotá aumenta a un ritmo menos rápido (3,3%) que el de los 17 municipios que componen la periferia metropolitana (4,7%).

### 3. DESDE LOS AÑOS 1980:

#### NUEVAS LÓGICAS RESIDENCIALES A ESCALA METROPOLITANA

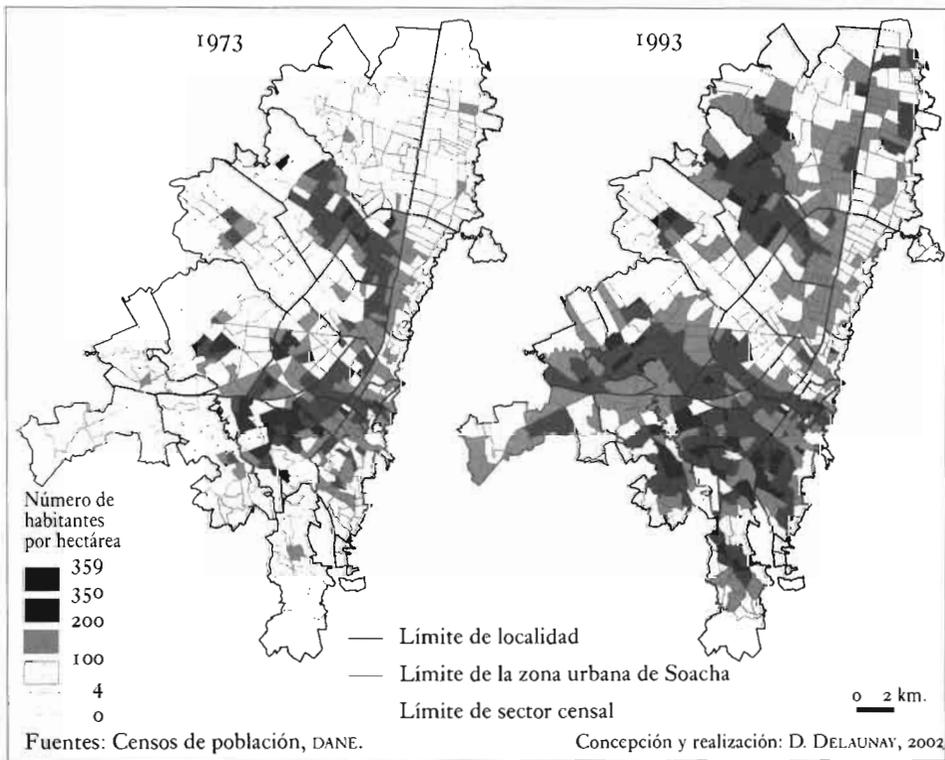
A comienzos de los años 1990, el Distrito de Bogotá cuenta con 5.5 millones de habitantes y su crecimiento se mantiene en un ritmo sostenido (3,3% anual). La densidad aumenta sensiblemente y en 1993 recobra el nivel que tenía medio siglo antes (tabla 3.1). Esta evolución resulta a la vez de la progresiva

8 Cfr. en el anexo 3, las definiciones del Distrito de Bogotá y de las áreas metropolitanas de Bogotá y Cali.

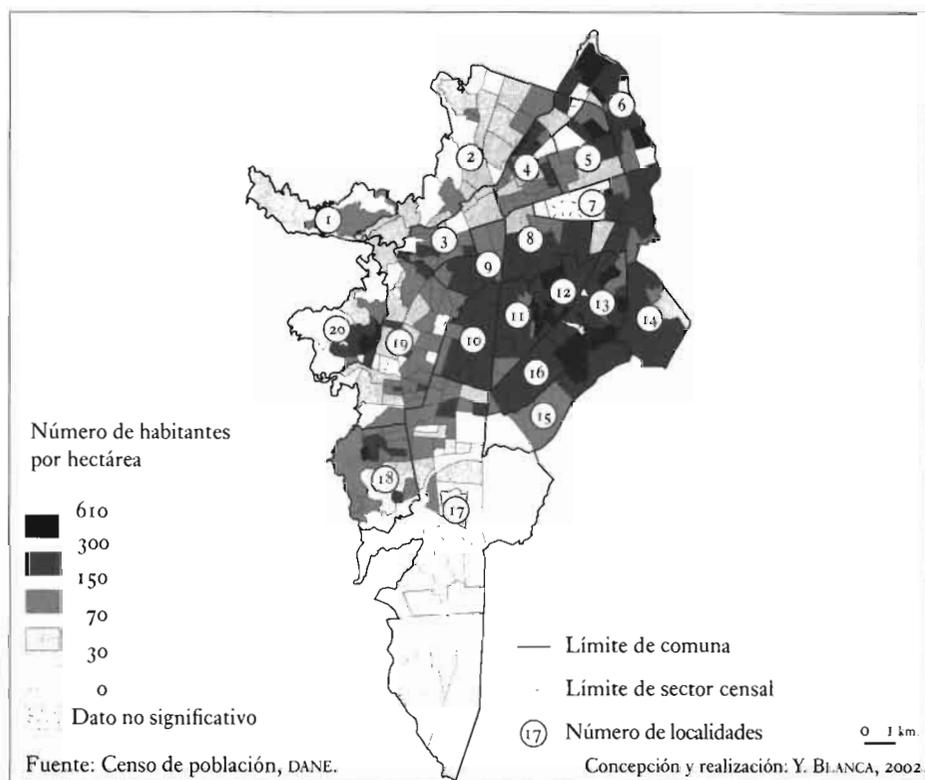
9 Desde el período de 1964-1973 hasta el de 1973-1985, las tasas de crecimiento pasan del 5,1% al 9,3% en Soacha; del 3,5% al 5,1% en Chía; y del 2,5% al 4,7% en Cota.

densificación de los espacios periféricos nuevamente urbanizados y de la rápida redensificación de ciertos espacios pericentrales (mapa 3.1). Al mismo tiempo, la dinámica de expansión espacial se ejerce, cada vez más intensamente, más allá de los límites del Distrito. Entre 1985 y 1993, el ritmo de crecimiento de la periferia metropolitana es dos veces más rápido que el de la capital (6,1% contra 3,3%), y diez veces mayor que el de otros municipios de Cundinamarca (0,6%). Un quinto del crecimiento demográfico total del área metropolitana se cumple entonces fuera de los límites del Distrito, en una periferia que integra un creciente número de municipios que cumplen papeles específicos al interior del sistema metropolitano: el proceso de diferenciación socioespacial tiende a prolongar al exterior de Bogotá las formas de segregación presentes en la capital. Volveremos sobre este punto en la sección II.A.

MAPA 3.1  
DENSIDAD DE POBLACIÓN EN BOGOTÁ EN 1973 Y 1993



MAPA 3.2  
DENSIDAD DE POBLACIÓN EN CALI EN 1993



Edición: O. PISSOAT

Los años 1980 marcan un giro importante en la historia de la ciudad. La competencia por el acceso al suelo deviene más fuerte: la extensión de la ciudad debe afrontar los relieves que bordean a Bogotá al sur y al oriente, pero también las grandes propiedades agrícolas al occidente, dedicadas en parte al cultivo intensivo de flores. Las distancias creadas por la expansión espacial de los decenios precedentes, reforzadas por los problemas de transporte, producen cambios en las elecciones residenciales de la población. Los hogares más pobres—frente a los cuales la acción del Estado sigue siendo muy insuficiente—ocupan tierras en diversas localizaciones del Distrito (suroccidente, extremo norte, noroccidente), sobre relieves accidentados del sur y en los municipios periféri-

cos, como Soacha. En las mismas afueras del sur, la construcción de conjuntos cerrados ofrece a las clases medias la oportunidad de satisfacer, en buenas condiciones financieras, su ideal de vivienda. Algunas familias acomodadas se instalan en la periferia norte (Chía, Cota), donde buscan la calidad de vida que no pueden encontrar en una ciudad atestada, polucionada y que carece de espacios verdes; otras familias de altos ingresos, que aspiran a un acercamiento a sus lugares de trabajo, se contentan con una oferta importante de viviendas de alta categoría situadas en el pericentro norte, cerca del principal centro de negocios de la capital. En un marco reglamentario bastante laxo, y bajo una política pública de vivienda que favorece a las clases medias y altas, las aspiraciones residenciales de las diferentes categorías de población se combinan con las estrategias de los constructores para producir profundos cambios en las características del espacio residencial y la estructura del poblamiento metropolitano. Sin que sea resultado de una política voluntarista por parte de los poderes públicos, y mientras la metropolización prosigue, comienza un movimiento de densificación del Distrito.

En cuestión de medio siglo, la ciudad compacta de medio millón de habitantes ha sido reemplazada entonces por una metrópoli de más de seis millones de habitantes en 1993. El desarrollo espacial periférico en vigor hasta los años 1970, ha sido reemplazado por un nuevo modelo de desarrollo, más endógeno y metropolitano:

– El crecimiento natural se convierte en el motor principal del crecimiento demográfico, y las movilidades intraurbanas en el principal factor de la dinámica del poblamiento.

– El espacio ya urbanizado conoce transformaciones y rápidos procesos de redensificación.

– La expansión urbana se ejerce de todos modos sobre los municipios limítrofes, mientras otros municipios polarizan el proceso de metropolización.

## B. ¿CALI SIGUE EL MISMO MODELO?

La evolución demográfica de Cali sigue la misma tendencia de Bogotá. La dinámica demográfica de las dos ciudades es resultado de dos grandes fenómenos de la historia demográfica nacional: la transición demográfica

—iniciada desde fines de los años 1930— y el descenso en la intensidad de los flujos migratorios en dirección hacia las grandes ciudades —desde mediados de los años 1970—. En el curso de los decenios de 1950 y 1960, se conjugan un crecimiento natural rápido y una migración intensa de origen rural, polarizada por las cuatro ciudades más grandes del país (cap. primero): la tasa de crecimiento de Cali sobrepasa entonces el 6% anual. Desde los años 1970, disminuye progresivamente el ritmo de crecimiento de Cali hasta alcanzar el 3.1% entre 1973 y 1985, y se estabiliza allí hasta 1993. Más allá del paralelismo entre las evoluciones demográficas de las dos metrópolis, rasgo característico de la dinámica del sistema urbano colombiano, ¿qué ha sido de la dinámica socioespacial? ¿La semejanza entre las evoluciones demográficas se reencuentra en su modelo de desarrollo?

#### I. UNA INTENSA EXPANSIÓN ESPACIAL, PERO AÚN CONTENIDA EN LOS LÍMITES MUNICIPALES

Las densidades de Cali y Bogotá son comparables a principios de los años 1990, cuando alcanzaban el orden de los 150 hab./ha. Pero esta similitud es producto de evoluciones diferentes. En Cali, las densidades brutas, sensiblemente más elevadas que en Bogotá durante la década de 1950, caen 100 puntos en 35 años (tabla 3.2): la caída es mucho más acusada que en Bogotá, lo que testimonia un movimiento de expansión urbana muy activo y aún vigente durante los años 1990. El territorio municipal de Cali todavía no ha sido completamente urbanizado y la expansión urbana continúa cumpliéndose en su interior: la ampliación del perímetro urbano de Cali sigue integrando progresivamente las tierras periféricas pertenecientes a grandes propietarios, que buscan obtener una renta territorial urbana<sup>10</sup>. Entre 1993 y 1998, las comunas más dinámicas

---

10 Después de la integración de tierras de las haciendas del oriente del municipio —durante las décadas de 1950 a 1970—, a fines de los años 1990 se observa la integración de la parcelación de Desepaz, y se constituye así la comuna 21 de Cali. También en Bogotá, la ampliación del perímetro administrativo del Distrito ha acompañado al movimiento de expansión urbana. En 1954, seis municipios limítrofes fueron anexados al Distrito y transformados en alcaldías menores (luego localidades), pero este movimiento de anexión administrativa de municipios por parte del Distrito se detuvo entonces.

de Cali se encuentran todas en situación periférica (al sur, a lo largo de los cerros occidentales y al oriente), mientras los sectores pericentrales pierden población. El movimiento de densificación observado en Bogotá desde fines de los años 1970 no se cumple en Cali.

Más allá de estas diferencias de intensidad y temporalidad en los procesos de expansión, en Cali la distribución espacial de las densidades presenta, en 1993 (mapa 3.2), una característica común con la de Bogotá: la diferenciación muy marcada de los espacios residenciales. Las débiles densidades de los sectores residenciales de las clases acomodadas se oponen a las —más elevadas— de las zonas populares que continúan densificándose. Tanto en Cali como en Bogotá, las diferencias respecto al consumo del espacio según los estratos sociales son muy marcadas.

TABLA 3.2  
EVOLUCIÓN DE LA DENSIDAD. CALI (1945-1993)

	1945*	1958*	1970*	1993 ajustada**
Población urbana	154.860	455.070	846.045	1.809.054
Area urbanizada (ha.)	730	1.850	3.900	11.939
Densidad bruta (habitantes/ha.)	212	246	217	152

Fuentes: \* VÁSQUEZ BENÍTEZ, 2001: 270. \*\* Censos del DANE.

## 2. LA METROPOLIZACIÓN EN CALI: FACTORES ENDÓGENOS Y EXÓGENOS

Si se considera su periferia metropolitana, el desfase entre la dinámica de las dos ciudades se pone más de manifiesto. En Cali, el dinamismo demográfico aún no cruza los límites del municipio. Hasta 1985, la población de Cali aumenta más rápidamente que la de la periferia; el ritmo de crecimiento de la periferia no se acerca al del centro de la ciudad más que en el curso del último período intercensal (1985-1993). El análisis, detallado por municipios de la periferia metropolitana, refuerza la idea de un proceso de metropolización diferente en las dos ciudades. Los ritmos de crecimiento de los municipios periféricos de Cali permanecen moderados desde la perspectiva de los que

fueron observados en la periferia de Bogotá: ninguno supera el 5% anual entre 1985 y 1993, mientras que ése es el caso de la mitad de los municipios de la periferia de Bogotá.

El municipio de Palmira, donde se concentra más de la mitad de la población de la periferia metropolitana de Cali, y que ha visto disminuir su ritmo de crecimiento regularmente desde 1951, para alcanzar un 1% entre 1985 y 1993, es un ejemplo del proceso descrito en el capítulo primero: la proximidad a una metrópoli puede tener efectos contradictorios, de activación o de freno del crecimiento. El aeropuerto de Cali, situado en este municipio, ha conducido a la creación de una zona franca e industrial, pero la mayoría de los trabajadores van y vienen cotidianamente desde Cali a sus empleos. En Palmira, como en Yumbo, los polos de empleo industrial no están acompañados de movi­lidades residenciales importantes de mano de obra hacia estos municipios. Esto se explica, en primer lugar, por el hecho de que el municipio de Cali ha ofrecido en su seno, durante todo el período de desarrollo de esos polos de actividad, soluciones residenciales al alcance del conjunto de categorías de mano de obra; en segundo lugar, a causa de la ventaja comparativa de residir en Cali, en términos de servicios urbanos y acceso a educación y salud; por último, debido a la facilidad de acceso a esas zonas industriales por medio del transporte público.

Desde comienzos de los años 1990, el norte del Departamento del Cauca es integrado al proceso de metropolización (JIMÉNEZ, 1999: 190): es en ese departamento donde se encuentra el municipio más dinámico de la periferia metropolitana caleña entre 1985 y 1993; se trata de Puerto Tejada, ciudad-dormitorio que alberga a una mano de obra en su mayoría poco calificada, que trabaja en las explotaciones azucareras de la región o en la industria y los servicios en Cali. Más recientemente, a partir de mediados de los años 1990, el dinamismo de los municipios del norte del Cauca es reforzado por la intervención pública. Aspirando a “reactivar social y económicamente una región deprimida durante mucho tiempo y devastada el 6 de junio de 1994 por un seísmo” (JIMÉNEZ, 1999: 172), la Ley 218 de 1995 (llamada “Ley Paez”) concede importantes ventajas fiscales a las empresas situadas en 25 municipios del Cauca y 13 del Huila. Manifiestamente, esta Ley ha contribuido a concentrar a la población y la producción en los municipios del norte del Cauca próximos

a Cali. En el contexto de la aguda crisis económica que atravesaba la región, ella ha favorecido la creación de empresas en la cuenca de empleo de Cali, limitando sin duda la alarmante elevación del desempleo en esta ciudad pero en detrimento de su objetivo oficial, que era dar empleo a las poblaciones locales afectadas por el sismo. Algunas inversiones previstas en las zonas francas de Palmira se trasladaron a los municipios del norte del Cauca, para beneficiarse de las ventajas fiscales (JIMÉNEZ, 1999: 175)<sup>11</sup>. La reactivación económica de Cali tiene lugar actualmente en los municipios de su periferia metropolitana situados en el departamento vecino (el del Cauca), que acaparan la proximidad con la metrópoli regional y las exenciones fiscales.

¿Qué concluir sobre la dinámica de metropolización en curso en Cali, en relación con la observada en Bogotá? Tanto las temporalidades como la intensidad y las modalidades del proceso distinguen a las dos ciudades:

– En Cali no hay extendimiento de la aglomeración urbana en los municipios contiguos, mientras en Bogotá la conurbación desborda los límites del Distrito; la expansión urbana de Cali –sin embargo, actualmente más activa– se realiza aún en el perímetro del municipio, en razón del “tratamiento administrativo” que todavía recibe.

– En los dos casos, hay integración de municipios periféricos que aseguran funciones residenciales con destino a segmentos específicos de la población, y también polarización del crecimiento económico sobre ciertos municipios que se benefician de inversiones productoras de empleo.

– Pero hay un rol de la metrópoli central menos importante en Cali que en Bogotá. La dinámica de metropolización alrededor de Cali combina los efectos espaciales propios de la capital regional (polarización), con los efectos espaciales de la Ley Paez, que favorece a los municipios del sur de la periferia metropolitana situados en el departamento del Cauca. Mientras que en Bogotá la capital organiza completamente la dinámica metropolitana, la evolución del proceso de metropolización alrededor de Cali se inscribe en una dinámica regional de

---

11 Según las cifras de las Cámaras de Comercio del Valle del Cauca y del Cauca, retomadas por JIMÉNEZ (1999: 181), las inversiones correspondientes a la creación de sociedades, incluidas todas las ramas de actividad, pasaron entre 1994 y 1996: de 96 a 41 millones de dólares en el sur del Valle del Cauca, y de 0,6 a 83 millones en el norte del Cauca.

concentración demográfica y económica, que implica a dos departamentos y un factor relativamente exógeno a la ciudad (la Ley Paez).

### C. ¿UN MODELO DE DESARROLLO LATINOAMERICANO?

La aceleración del crecimiento demográfico de las grandes ciudades en los años 1950, y luego su disminución a partir de los años 1970, son fenómenos generalizados en América Latina (COSIO-ZAVALA, 1994). Las modificaciones aportadas por las migraciones de origen rural a la estructura por sexo y edad, mantienen, no obstante, las tasas de crecimiento en un nivel elevado, del orden del 3% anual a comienzos de los años 1990<sup>12</sup>. Bogotá y Cali siguen entonces una dinámica demográfica compartida a nivel del continente: los ritmos y las evoluciones de su crecimiento no tienen nada de excepcional.

Igualmente, las apreciaciones sobre la densidad de estas ciudades, durante mucho tiempo juzgada “muy débil” y que recientemente ha devenido “muy elevada”, no resisten la comparación internacional. En 1990, las densidades brutas de Bogotá y Cali son por cierto inferiores a la de Lima (225 hab./ha.) y de otras grandes ciudades del continente<sup>13</sup>, pero son del mismo orden que las observadas en Buenos Aires (144), Guadalajara (153), y bastante superiores a las de São Paulo (92), Rio de Janeiro (81) o Montevideo (71)<sup>14</sup>. Es claro que la comparación resulta difícil: siguiendo el “tratamiento administrativo” conferido a la expansión urbana y al proceso de metropolización, las cifras abarcan realidades muy variables. Pero la constante permanece: Bogotá y Cali no se distinguen de sus homólogas del continente, ni en el plano de la evolución demográfica global ni en el de los niveles de densidad.

Sin duda, las referencias a la ciudad densa y a los ritmos de crecimiento observados en Europa —a veces convertidos en normas implícitas por los urba-

12 Según estadísticas de Naciones Unidas citadas por COSIO-ZAVALA (1994: 52), las únicas excepciones son Buenos Aires y Rio de Janeiro, con un desarrollo más precoz: sus tasas ya han pasado por debajo del 2%.

13 Según la base Geopolis (MORICONI-EBRARD, 1994), el promedio de las densidades observadas en las 21 ciudades latinoamericanas de más de un millón de habitantes, era del orden de 206 hab./ha. en 1990.

14 Según estadísticas de Naciones Unidas, citadas por R. MOHAN (1994).

nistas— han contribuido a forjar la imagen de una excepción colombiana. Pero esta explicación no es suficiente. Los motores y las modalidades de la expansión periférica (urbanización ilegal en Bogotá, especulación territorial por parte de los grandes propietarios permitida por las concesiones y autorizaciones para construir por parte de la Alcaldía de Cali<sup>15</sup>) convierten también esta extensión continua en algo difícilmente aceptable. Indudablemente, son estas mismas razones las que hoy en día tornan problemática la densificación de los barrios populares periféricos de Bogotá. Sea como fuere, tanto en Colombia como en los otros países de la región, la gestión urbana se ha concentrado durante muchos decenios en la expansión, antes de comenzar a interesarse, en el transcurso de la década de 1990, en la gestión de los espacios ya urbanizados.

Sin embargo, un punto ya señalado a lo largo del análisis sobre las etapas de desarrollo en Bogotá y Cali diferencia claramente a las dos ciudades (y sin duda al conjunto latinoamericano) de los modelos generales elaborados en Europa y en Norteamérica: la distribución espacial de las densidades. Según el modelo de CLARK (1951), las densidades disminuyen con la distancia respecto al centro de la ciudad. Desde la formulación inicial de este modelo, numerosos trabajos han mostrado su pertinencia aunque subrayando una recurrente anomalía: “la formación de un cráter central en la superficie de las densidades” (DUPONT y PUMAIN, 2002: 16). En 1973, e incluso más claramente en 1993, se observan efectivamente las máximas densidades en el pericentro de Bogotá y no en pleno centro (mapa 3.1).

En cambio, el modelo de decrecimiento de las densidades respecto de la distancia desde el pericentro, todavía presente en Bogotá en 1985, se vuelve más legible en el mapa de las densidades de 1993 (mapa 3.1) y no se reencuentra en lo absoluto en la cartografía de las densidades de Cali en 1993 (mapa 3.2). En Bogotá, la organización concéntrica del modelo de distribución de las densidades está muy alterado debido a una organización sectorial: dos sectores de bajas densidades (ejes norte y occidente) alternan con dos sectores de fuertes densidades (eje noroccidental y cuadrante suroccidental) (mapa 3.1). Igualmente, la evolución de la distribución espacial de las densidades en

---

15 A propósito de este aspecto, cfr. APRILE GNISET (1990: 5 a 10; 33 a 60).

Bogotá, durante un período de veinte años, contradice la tendencia a la uniformidad en los niveles de la densidad al interior del espacio urbanizado, que se ha observado en el mundo desarrollado (DUPONT y PUMAIN, 2002: 4). En la capital colombiana, entre 1973 y 1993, las diferencias entre las densidades de los sectores de la ciudad no se reducen en manera alguna.

El conjunto de estas observaciones de la geografía de las densidades en Bogotá y Cali conduce a la misma conclusión: la importancia del factor socioeconómico en el modelo de desarrollo de las grandes ciudades colombianas. Es este factor el que deforma la organización concéntrica “ideal” de los modelos de densidad y mantiene en un nivel elevado las desigualdades en la densidad. L. M. CUERVO y S. JARAMILLO defienden la idea de un modelo de urbanización latinoamericana ligado a una “cierta especificidad de la lógica socioespacial” en América Latina (CUERVO, JARAMILLO, 1998: 1). Nuestros análisis tienden a validar su hipótesis: la composición social de la población, con una menor importancia de las clases medias en las sociedades latinoamericanas que en las europeas, en efecto explicaría en parte una polarización socioespacial muy fuerte, que modularía –sin por ello sustituirlo– al modelo de poblamiento urbano observado en otros continentes. La sección II, consagrada al proceso de segregación, nos dará la ocasión de retomar y poner a prueba esta hipótesis. Pero antes, detengámonos en las relaciones que establece este modelo de desarrollo con las prácticas residenciales de los habitantes.

#### D. ELECCIONES RESIDENCIALES Y MOVILIDADES ESPACIALES EN UNA CIUDAD EN CONSTRUCCIÓN

Durante muchos decenios, la adecuación entre las formas de producción de vivienda mayoritaria –la de los pobres– y las características del sistema de transporte, le han permitido a Bogotá desarrollarse en una expansión sin freno sobre las tierras planas de los alrededores: las formas de organización del transporte en Bogotá confirieron una gran flexibilidad al sistema, pues pusieron en comunicación a los barrios periféricos desde su aparición. Desde los años 1980, la capital colombiana debe enfrentar una nueva situación: no está asegurada la disponibilidad de tierras, recurso necesario para la reproducción del sistema metropolitano según el modelo de crecimiento de los decenios anteriores. El

uso intensivo de tierras agrícolas, las estructuras de la tenencia de la tierra y la presencia de los cerros frenan las posibilidades de expansión territorial. El efecto del tamaño de la ciudad, alcanzado a lo largo de los anteriores decenios de crecimiento, también se hace sentir en la movilidad cotidiana: en un territorio extendido sobre más de 40.000 hectáreas, la accesibilidad general a los diferentes lugares de la ciudad ya no está asegurada, tanto más cuando el escalonamiento urbano no ha sido acompañado por una suficiente producción de vías públicas. Desde los años 1990, el golpe de gracia proviene del repentino aumento del parque automotor bajo los efectos de la apertura económica. Las velocidades de desplazamiento —en especial en el norte de la ciudad, donde la tasa de equipamiento vehicular es elevada— bajan sensiblemente, lo cual produce una revalorización de la proximidad geográfica.

Los contextos físico, humano y económico locales sin duda imprimen características particulares a las modalidades de urbanización de Bogotá. La amplitud y rapidez de las transformaciones —el conjunto de fenómenos que constituyen esta historia se desarrolla en menos de medio siglo— carecen sin duda alguna de parangón en otros lugares y contribuyen también a conferirle cierta especificidad a Bogotá. Pero también tienen el mérito de hacer más legibles ciertas evoluciones compartidas de todas maneras por numerosas metrópolis del Sur:

– La movilidad residencial intraurbana se convierte en un componente importante de la dinámica del mercado de vivienda: en 1991, el número de viviendas liberadas en Bogotá gracias a la movilidad intraurbana era tres veces más grande que el número de viviendas nuevas producidas (alrededor de 50.000); esta proporción, signo de una “madurez del sistema metropolitano”, va en aumento.

– La movilidad cotidiana tiene un creciente papel respecto a los vastos territorios con recursos muy desigualmente repartidos.

La evolución de la población (su composición, pero también sus estrategias residenciales y sus modelos familiares), las transformaciones del parque inmobiliario, la circulación de las viviendas y las movilidades residenciales han devenido elementos esenciales en la dinámica, e imponen la superación de una lectura de la ciudad limitada a las formas de producción de la vivienda y del espacio urbano. La etapa histórica en la que se encontraba Bogotá durante los

años 1960-1970 justificaba esa aproximación centrada sobre la producción del espacio urbano. En lo sucesivo, la investigación y la gestión urbanas no pueden concentrarse ya exclusivamente sobre el componente de la “producción”: los *stock* (de población, de espacio urbanizado, de viviendas) se han convertido en un dato relevante.

Este cambio del modelo de crecimiento de Bogotá en un tiempo breve también altera las relaciones recíprocas entre las prácticas residenciales de los habitantes y la configuración urbana. Mientras se desarrolla el ciclo de vida de los ciudadanos, la ciudad se construye y se transforma. Esta simultaneidad de las temporalidades –tiempo biográfico y tiempo de la ciudad– define un contexto singular que es importante caracterizar antes de pasar a la dimensión social del poblamiento, objeto de la sección II de este capítulo.

Entre los compromisos que presiden las elecciones de localización y determinan las trayectorias residenciales, la pertenencia al barrio, el acceso a la propiedad y la cercanía a los parientes cumplen un papel importante, y eso vale para todas las clases sociales de Bogotá<sup>16</sup>. En la ciudad compacta de la primera mitad del siglo XX, esos tres objetivos eran compatibles. Por el contrario, entre las décadas de 1960 y 1970, descohabitar<sup>17</sup> o acceder a la propiedad en lo más fuerte del movimiento de expansión de Bogotá significaba exiliarse en la periferia para un buen número de familias de clases popular o media, que no encontraban dónde instalarse en el saturado parque residencial del centro. En esta fase de la historia de la ciudad, descohabitar y acceder a la propiedad entrañaban frecuentemente una dilatación de los espacios de movilidad intraurbanos, tradicionalmente muy concentrados, y el alejamiento del domicilio de

---

16 Los análisis finales de las tablas cualitativas y cuantitativas de las encuestas CEDE-ORSTOM sobre la movilidad espacial en Bogotá, ponen en evidencia la importancia de esos factores, presentes en diversos grados en todas las clases sociales. Cfr. los informes intermedios producidos entre 1993 y 1997 y, entre las publicaciones más recientes: DUREAU (2000a); DUREAU (2002); DELAUNAY y DUREAU (2002).

17 La descohabitación es “el proceso a través del cual un individuo abandona la vivienda que compartía con otras personas [...] Generalmente se trata de descohabitación juvenil, es decir cuando los jóvenes abandonan el domicilio de los padres” (cfr. M. SEGAUD, C. BONVALET y J. BRUN [dir.]. *Dictionnaire de l’habitat et du logement*, Paris, Armand Colin, 2003, p. 105).

los parientes. Para las generaciones que accedieron a la autonomía residencial después de mediados de los años 1980, la configuración urbana y la distribución del parque de viviendas no imponen tal dispersión de su trayectoria residencial: con la consolidación de los barrios periféricos y la oferta de arriendos que engendra, los recorridos residenciales pueden realizarse de nuevo en un perímetro restringido, lo cual permite conservar a la vez una misma posición en el conglomerado y la proximidad residencial con los parientes.

Esto se observa más claramente mediante el ejemplo de la proximidad familiar: según la época, una misma lógica residencial se traduce de manera distinta en términos de la localización y tendrá consecuencias variables sobre las configuraciones espaciales del poblamiento. Las prácticas residenciales son forzadas fuertemente por las etapas de desarrollo y las rápidas transformaciones que sufre la configuración de una ciudad en pleno crecimiento. Este contexto vuelve muy legible el criterio de la localización en las elecciones residenciales. En posición relativa en la ciudad del momento, la localización de la vivienda es seleccionada en favor de cierto tipo de relación con la aglomeración. Junto a la reforma de tenencia de la ocupación y los atributos físicos de la vivienda (tamaño, comodidad, etc.), la localización determina –según los grupos sociales– cierto acceso a los recursos ofrecidos en diferentes sitios de la ciudad: empleos, equipamientos, servicios, comercios, pero también la mutua ayuda familiar. La localización también determina el acceso a los recursos sociales, en un espacio estructurado por la práctica colectiva de los lugares, la experiencia que se acumula a lo largo de la vida y las relaciones con sus habitantes.

Por causa de la escasez de inversiones en el sistema de transporte, la accesibilidad de los distintos sectores de Bogotá ha cambiado, y con ella –durante los años 1980– las elecciones residenciales de las clases acomodadas. Se admitía que en las ciudades latinoamericanas las elecciones de localización no obedecían a una voluntad de cercanía con el lugar de trabajo: esta imagen ha muerto. Sin duda alguna, las distancias-tiempos y su carácter eminentemente variable alcanzan progresivamente una posición en las elecciones residenciales de las familias: la situación y la accesibilidad ofrecida por una localización para una clase social dada devienen factores determinantes de los comportamientos.

## II. LA SEGREGACIÓN, UN PROCESO MULTIDIMENSIONAL

La diversidad de las dimensiones de la segregación o, como lo plantea SIMON (2002: 206), su carácter “multiforme”, se coloca en el corazón de esta segunda parte. Articularemos entonces la dimensión social con otras dos dimensiones, esenciales en metrópolis jóvenes que cuentan con numerosos inmigrantes: la dimensión demográfica (estructura por edad y tamaño de los hogares), y el origen regional de los migrantes. Basándonos en la localización residencial observada en los censos, intentaremos dilucidar por medio de mapas y de índices de segregación (recuadro 3.1), las imágenes de las configuraciones socioespaciales que permiten medir y describir el fenómeno. Estas indicaciones cuantitativas autorizan la comparación entre las dimensiones de la segregación, entre las dos ciudades consideradas y en el tiempo en Bogotá. ¿Cómo las diferencias de temporalidad, tratadas en la primera parte, se traducen en las configuraciones sociales de dos espacios metropolitanos? ¿Qué modificaciones del esquema de segregación acompañan los desarrollos de Bogotá y Cali? Éstas son las principales preguntas que abordaremos con este análisis comparativo y diacrónico de la segregación, que se completará, en el caso de Bogotá, con el análisis de un factor que participa plenamente en el proceso segregativo: la percepción de la segregación por quienes producen la ciudad, habitantes y gestores.

### RECUADRO 3.1

#### MEDIDAS DE LA SEGREGACIÓN A PARTIR DE LOS DATOS DE LOS CENSOS

El debate teórico y metodológico sobre la medición y el análisis de la segregación residencial, que se inició en la década de 1920 en la Escuela de Chicago, no ha cesado desde entonces. No es éste el lugar para entrar en él; simplemente se trata de resumir las elecciones metodológicas que subyacen a los análisis presentados en esta sección.

Las bases de datos desagregados (archivos de individuos y hogares) disponibles para 1973, 1985 y 1993 en Bogotá, y para 1993 en Cali, se han utilizado para producir estadísticas que agreguen al nivel de los sectores censales (en número de 600 en Bogotá y de 300 en Cali, en 1993) los efectivos de población caracterizados por diferentes criterios correspondientes a las dimensiones demográficas (categorías de edad, tamaño del hogar), sociales (indicador de condición social, hacinamiento en la vivienda) y según el origen migratorio (regiones de origen, población nativa en las dos ciudades) del fenómeno segregativo. Entonces, intervienen dos aproximaciones a la segregación desde diferentes escalas.

La cartografía por sector censal permite aprehender los esquemas de distribución espacial de diferentes categorías de población en distintas escalas, y observar las oposiciones o las coincidencias espaciales que manifiestan entre sí. Puestos en perspectiva junto con otras estructuras espaciales que eventualmente los determinan (históricas, económicas, de infraestructuras, etc.), esos mapas también autorizan una interpretación comparada de las situaciones y las lógicas en ocurrencia en las dos ciudades. En cambio, ellos no permiten apreciar la intensidad de la segregación propia de cada categoría ni, para una categoría dada, su variación de una ciudad a otra o de una fecha a otra.

Con este fin, los índices de segregación son calculados para el conjunto de la ciudad y para cada una de las subdivisiones administrativas que la componen (19 localidades en Bogotá, 20 comunas en Cali); en los dos casos, el cálculo se realiza sumando los datos agregados por sectores del censo. Hemos escogido dos índices entre la multitud de los propuestos en la literatura especializada. El primero es el índice de disimilaridad, convertido en clásico desde su inauguración por DUNCAN y DUNCAN en 1955, escogido porque permite la comparación internacional. El segundo índice proviene de una publicación reciente (HUTCHENS, 2001). Bautizado por el autor como “índice de la raíz cuadrada”, reúne siete importantes propiedades matemáticas en el plano teórico; algunas faltan en los dos índices más frecuentemente utilizados (disimilaridad e índice de Gini), lo que alimenta, hace más de cuarenta años, una controversia metodológica en las revistas especializadas\*. En el plano empírico, no tenemos información sobre una aplicación actual de este índice a datos reales (HUTCHENS sólo utiliza una simulación). Por ello, tenemos allí una buena ocasión para comenzar. Además, el ejercicio de simulación de HUTCHENS, como nuestra aplicación, muestra a la vez la coherencia de este índice con el de la disimilaridad y su superioridad sobre este último en razón de su sensibilidad a una redistribución de la población entre zonas de sobre- (o sub-) representación. Estos dos índices tienen las siguientes expresiones:

Disimilaridad:

$$D = \frac{1}{2} \sum_{i=1}^I \left| \frac{n_{1,i}}{N_1} - \frac{n_{2,i}}{N_2} \right|$$

Raíz cuadrada:

$$R = 1 - \sum_{i=1}^I \sqrt{\frac{n_{1,i}}{N_1} \times \frac{n_{2,i}}{N_2}}$$

Donde  $i$ , que varía entre 1 e  $I$ , describe los sectores censales en la ciudad (o en la comuna o la localidad);  $N_1$  y  $N_2$  son las poblaciones totales de las categorías de población 1 y 2 en la ciudad (o en la comuna o la localidad);  $n_{1,i}$  y  $n_{2,i}$  son las poblaciones totales de las categorías 1 y 2 en la unidad  $i$ .

Para la aplicación al estudio de la segregación en Bogotá y Cali, siempre hemos considerado como categoría 2 el complementario de la categoría 1 en la población total.

Los dos índices varían entre 0 y 1, y asumen:

- El valor “0” cuando todas las unidades tienen la composición media (invarianza = segregación nula).
- El valor “1” cuando las dos categorías no comparten ninguna unidad (“cada uno en su casa” = segregación total).

\* Una buena síntesis al respecto se encuentra en MASSEY y DENTON (1988).

Antes de entrar en el análisis de las diferentes dimensiones de la segregación, podemos sacar las primeras enseñanzas de este ejercicio de comparación. La intensidad del proceso segregativo –medida por el índice de HUTCHENS, tomado como referencia en este capítulo–, varía a la vez según el contexto urbano y según la dimensión considerada (tabla 3.3). Así, al mismo tiempo que diferencian a Bogotá y Cali, los índices establecen una neta jerarquía entre los factores de segregación:

– En ambas ciudades, la dimensión socioeconómica, reflejada en el indicador de condición social de los hogares, constituye indiscutiblemente el primer factor en importancia de diferenciación en el poblamiento.

TABLA 3.3A  
INDICADORES DE SEGREGACIÓN (ÍNDICE DE LA RAÍZ CUADRADA DE HUTCHENS).  
BOGOTÁ, 1973-1985-1993

	Valor para el conjunto de la ciudad*	Promedio de valores por localidad**	Ratio R
Condición social del hogar **** (1973-1993)			
1973			
1.º cuartil	0,13	0,08	0,61
2.º cuartil	0,06	0,04	0,64
3.º cuartil	0,04	0,02	0,55
4.º cuartil	0,19	0,09	0,50
1985			
1.º cuartil	0,18	0,12	0,69
2.º cuartil	0,08	0,06	0,80
3.º cuartil	0,05	0,03	0,60
4.º cuartil	0,24	0,15	0,62
1993			
1.º cuartil	0,14	0,09	0,64
2.º cuartil	0,05	0,03	0,66
3.º cuartil	0,03	0,02	0,56
4.º cuartil	0,16	0,08	0,48
Características demográficas (1985)			
Individuos < 15 años	0,01	0,01	0,51
Individuos >= 60 años	0,03	0,01	0,43
Hogares unipersonales	0,07	0,04	0,58

	Valor para el conjunto de la ciudad*	Promedio de valores por localidad**	Ratio R
Lugar de nacimiento de los individuos (1985)			
Nativos de Bogotá	0,02	0,02	1,04
Migrantes de Antioquia	0,08	0,06	0,74
Migrantes de Boyacá	0,02	0,01	0,74
Migrantes de Cundinamarca	0,05	0,05	1,07
Migrantes de Tolima	0,02	0,02	0,81
Migrantes del extranjero	0,47	0,38	0,81

Fuentes: Censos Dane de 1985 y 1993; cálculos de F. DUREAU y O. BARBARY a partir de archivos individuales.

\* Número total de sectores en 1973: 476; 1985: 537, y 1993: 599.

\*\* Número de localidades en Bogotá: 19.

\*\*\* Ratio R: Promedio de los valores por localidad/valor conjunto de la ciudad. Este coeficiente se interpreta como un indicador de la intensidad de la segregación en el interior de las localidades con relación a la intensidad global en la ciudad.

\*\*\*\* En ambas ciudades, el indicador de condición social de los hogares es la suma de los años de estudio de los miembros del hogar mayores de 15 años, dividida por el número de personas por cuarto en la vivienda. En el contexto de las ciudades colombianas, donde existe una estrecha asociación estadística de los niveles de educación y hacinamiento en la vivienda con los niveles de renta (no disponibles en el censo), este indicador resulta particularmente pertinente.

TABLA 3.3B  
INDICADORES DE SEGREGACIÓN (ÍNDICE DE LA RAÍZ CUADRADA DE HUTCHENS). CALI – 1993

	Valor para el conjunto de la ciudad*	Promedio de valores por comuna**	Ratio R***
Condición social del hogar			
1.º cuartil	0,15	0,07	0,43
2.º cuartil	0,05	0,02	0,31
3.º cuartil	0,03	0,02	0,52
4.º cuartil	0,16	0,04	0,24
Características demográficas			
Individuos < 15 años	0,01	0,00	0,26
Individuos >= 60 años	0,03	0,01	0,25
Hogares unipersonales	0,03	0,03	0,39
Lugar de nacimiento de los individuos			
Nativos de Cali	0,01	0,01	0,70
Migrantes de la zona de pob. afrocolomb.	0,03	0,01	0,31

TABLA 3.3B (cont.)			
Migr. int. deptos. Valle, Cauca, Nariño	0,00	0,00	0,81
Migr. deptos. Antioquia, Viejo Caldas	0,01	0,00	0,74

Fuentes: Censo de población y viviendas, DANE de 1993, cálculos de O. BARBARY a partir de archivos individuales.

\* Número total de sectores: 330.

\*\* Número de comunas en Cali: 20.

\*\*\* Ratio R: Promedio de los valores por comuna/valor conjunto de la ciudad.

– La intensidad de diferenciación social de los espacios urbanos es del mismo orden tanto en Bogotá como en Cali, en cuanto a la condición social de los hogares en 1993 y la composición por edad.

– En cambio, el tamaño de la familia y el origen migratorio introducen diferencias más marcadas en Bogotá que en Cali.

La tendencia a la homogeneidad social se impone como la lógica dominante de concentración residencial, respecto a otras lógicas ligadas a la posición en el ciclo de vida o al origen geográfico. Por la dimensión social iniciaremos entonces el análisis.

#### A. LAS ESCALAS DE LA POLARIZACIÓN SOCIAL DEL ESPACIO URBANO

##### I. ORGANIZACIONES SOCIOESPACIALES EN GRANDES BLOQUES

A comienzos del siglo XXI, los espacios residenciales de las diferentes clases sociales se distribuyen siguiendo una organización en grandes zonas que se distinguen igualmente por su densidad.

En Bogotá, la oposición entre un sur pobre, un norte rico, y un occidente ocupado por las clases medias, instaurada desde mediados del siglo XX, es todavía muy visible en 1990 (mapa 3.3). Con el proceso de metropolización, esta organización sectorial –al igual que la estructuración funcional a lo largo de los ejes de comunicación– se prolonga más allá de los límites del Distrito. La lógica metropolitana integra a los municipios periféricos asignándoles papeles específicos en el sistema de habitat metropolitano. Mientras la periferia norte acoge a la población más acomodada, los barrios populares se extienden al sur; en cuanto a la periferia occidental, acoge a las poblaciones obreras empleadas en la industria o la floricultura. El límite del Distrito no cuestiona las reglas

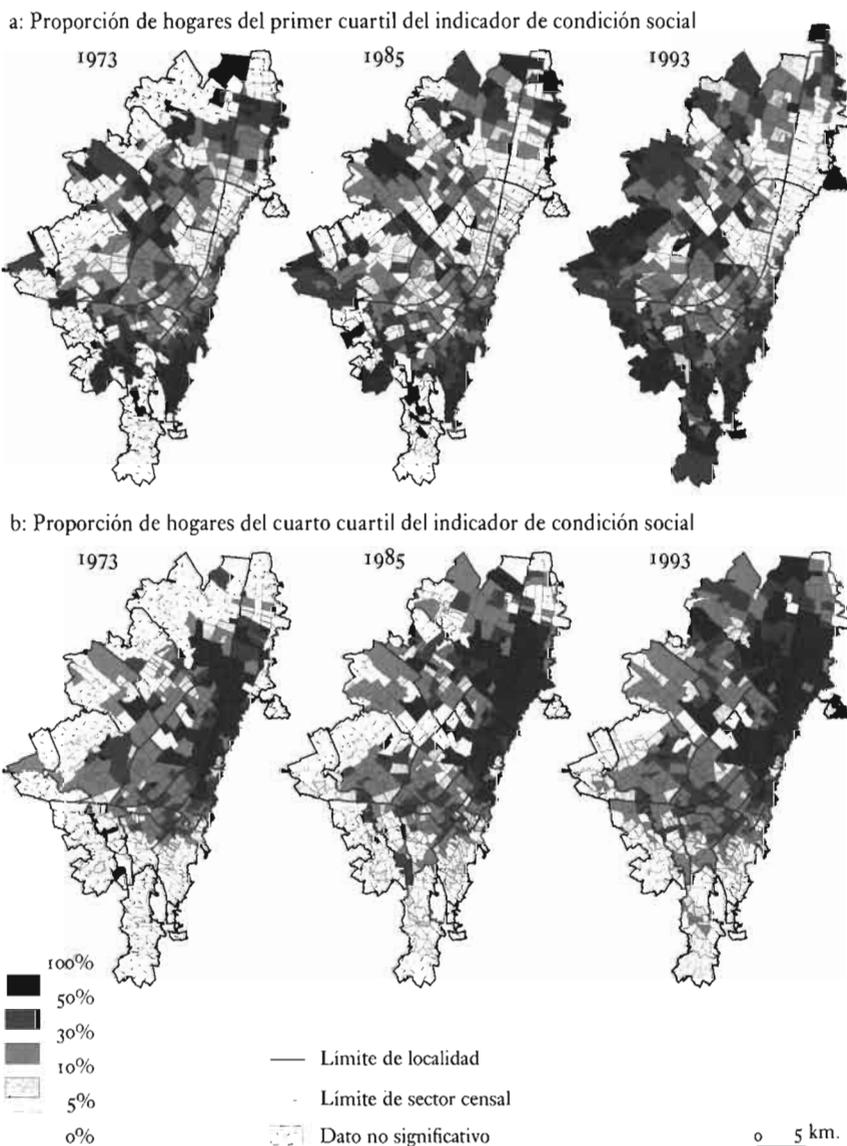
tradicionales de la distribución espacial de las clases sociales. Por el contrario, en razón de la ausencia de una redistribución de los recursos presupuestarios entre los municipios del área metropolitana, el salto de ese límite se traduce en una exacerbación de los efectos de la segregación en el acceso a los equipamientos y a los servicios urbanos.

En Cali la distribución de las categorías sociales presenta una organización espacial en grandes bandas o “corredores” (mapa 3.4). La población pobre está fuertemente concentrada en dos bandas periféricas: los barrios de la franja oriental y las extensiones sobre las laderas montañosas del occidente. Este conjunto de zonas, que agrupa a la mayoría de los núcleos de mayor densidad residencial (mapa 3.2), concentraba hacia 1998 el 55% de la población total de la ciudad (URREA y ORTIZ, 1999: 7). En oposición al esquema anterior, el espacio residencial de las categorías más pudientes se extiende sobre los barrios menos densamente poblados, con un vasto dominio territorial a lo largo de un corredor norte-sur. Las clases medias viven en el centro y en las comunas pericentrales; en la parte oriental del sector central, ellas comparten con las clases más pobres el espacio de mayor densidad de la ciudad.

La variación paralela que se manifiesta en ambas ciudades entre las características sociales y la densidad de población, claramente no es fortuita: el manejo del suelo y la segmentación de las formas de producción de la vivienda explican en gran medida esta distribución de poblamiento, y la amplitud de las desigualdades sociales que lo caracterizan.

En Cali, siguiendo los trabajos de APRILE-GNISET y MOSQUERA (1990 y 1999a), es necesario insistir sobre la importancia de dos factores que marcan la dinámica de expansión de la ciudad para el período 1945-1990. La apropiación de la tierra que rodea el casco urbano de Cali por la elite caleña y vallecaucana, iniciada desde el final del siglo XIX, se mantiene hasta nuestros días. Las tentativas de recuperación del control del suelo por parte de las administraciones municipales sucesivas fracasaron en su totalidad, sólo hasta decisiones judiciales recientes. Bajo la presión de estas elites, esas tierras son progresivamente integradas al perímetro urbano. Los terrenos mejor ubicados son objeto de operaciones de promoción inmobiliaria dirigidos a las categorías de población más pudiente, y se convierten en el centro de importantes especulaciones en propiedad raíz (corresponden al corredor norte-sur

MAPA 3.3  
CONDICIÓN SOCIAL DE LOS HOGARES EN BOGOTÁ (1973, 1985, 1993)



Fuente: Censos de población, DANE.  
Concepción y realización: F. DUREAU, 2002.

Edición: O. PISSOAT

mencionado anteriormente. En contrapartida, los terrenos que no permiten obtener una renta importante del suelo son confiados a proyectos de vivienda social o de autoconstrucción. Paralelamente, los programas de vivienda social desempeñan un papel fundamental en la expansión horizontal de la ciudad (tendencia general hasta los años 1970), y luego, progresivamente, en el aumento de las densidades en barrios cada vez más periféricos. El espacio residencial padece entonces, de manera global, una segmentación social según la distancia al centro.

La muy fuerte segmentación de la producción de vivienda en Bogotá<sup>18</sup> cumple incontestablemente un papel esencial en la intensidad de la segregación: en la fase de expansión espacial, las lógicas de cada una de las formas de producción (estatal, capitalista, por encargo, autoconstrucción) ha diseñado un parque de viviendas con una distribución espacial bien definida, en el que cada uno de los segmentos corresponde a un poblamiento inicial por categorías específicas de población. La bipolarización social del espacio urbano es reafirmada así, y después extendida, desembocando en una división global que opone un norte rico a un sur pobre, sensiblemente más denso.

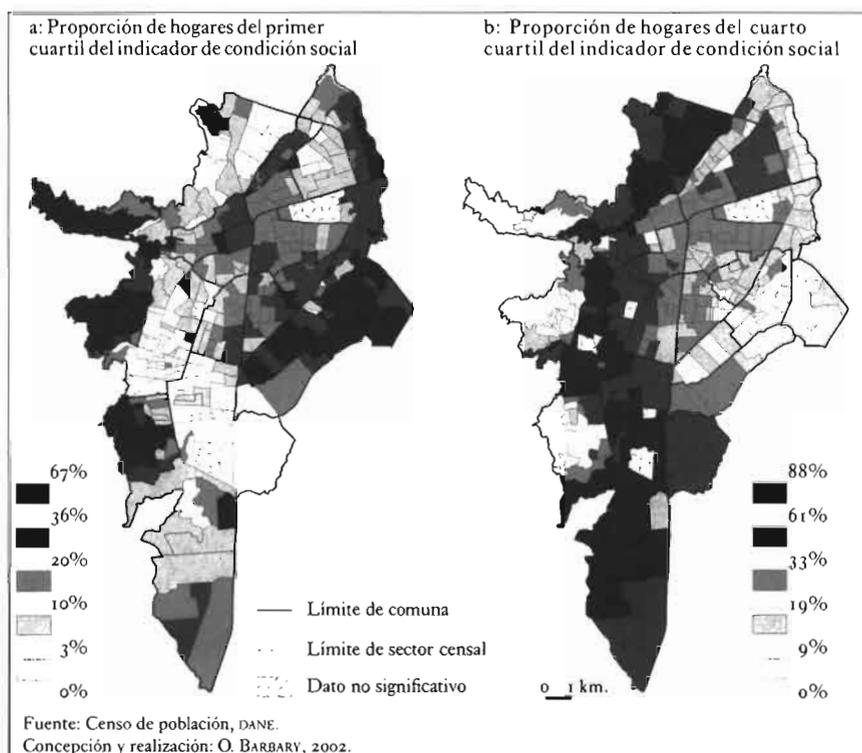
Si los factores estructurales tuvieron un rol de primer orden en la fase de expansión, ahora se instauran otros mecanismos que desempeñan un creciente papel en el estadio de desarrollo actual de Bogotá. En las ciudades colombianas, como en otras partes, las características intrínsecas del parque de viviendas (tipo de vivienda, tamaño, forma de tenencia o localización) no son suficientes para explicar las elecciones residenciales: las lógicas de afinidad también intervienen aquí. Según las categorías sociales se buscan ciertas localizaciones, otras son evitadas o resultan financieramente inaccesibles. Las mudanzas de vivienda se cumplen generalmente en distancias cortas, con lo cual se logra mantener a la vez una posición en la aglomeración y la proximidad con las redes de relaciones, en particular familiares. Tanto para las familias de clase alta como para las medias y las más pobres, estas redes son determinantes en las elecciones residenciales. En una sociedad donde el ascenso social –incluso intergeneracional– es menos frecuente que durante los decenios de 1960 y

---

18 Cfr. los trabajos sobre las formas de producción de vivienda de JARAMILLO (especialmente, 1992), GIRALDO (entre otros, 1987) y, más recientemente, PÁRIAS (1996).

1970, esta práctica indudablemente contribuye a mantener las polarizaciones sociales iniciales impuestas por el parque de viviendas.

MAPA 3-4  
CONDICIÓN SOCIAL DE LOS HOGARES EN CALI EN 1993



Edición: O. PISSOAT

## 2. UNAS ESCALAS MÁS DIVERSIFICADAS DE LA SEGREGACIÓN EN BOGOTÁ

Las divisiones sociales de los espacios urbanos de Bogotá y Cali, la fuerte visibilidad que les confiere su organización en grandes zonas, tienden a reforzar la constatación –frecuentemente expresada– sobre la existencia de espacios “muy fuertemente segregados”. ¿Esta afirmación se verifica cuando se observa el nivel de segregación social de las dos ciudades colombianas en la escala internacional?

Nuestra única referencia estadística latinoamericana tiene que ver con a Santiago de Chile (SABATINI y ARENAS, 2001)<sup>19</sup>. Los valores del índice de disimilaridad para los seis estratos de condición social del hogar considerados en la capital chilena varían desde 0,53 (para el estrato *extreme lower*, que cuenta con el 8% de la población) a 0,71 (para el *higher*, 11% de la población), según una curva que pasa por el mínimo de 0.26 para el estrato más numeroso (*lower middle*, 45% del total). Los valores observados para el mismo índice en Bogotá y Cali, pero sobre categorías menos detalladas y con iguales cifras (cuartiles del indicador de condición social de la familia), lógicamente son un poco inferiores (0,41 y 0,43 para el primer cuartil, 0,46 para el último en las dos ciudades). Pero conservan a la vez los órdenes de tamaño y la forma de distribución, con unos valores de índices inferiores para las clases medias, más elevados para los pobres y todavía más elevados para los hogares más favorecidos.

La similitud entre las curvas de Bogotá y Cali en 1993 es notable, así como la constancia de la curva en el curso del tiempo en Bogotá: la intensificación de la segregación en 1985 en Bogotá conserva el dispositivo global de ésta. Parece que la situación colombiana no resulta excepcional en el contexto latinoamericano, caracterizado por una fuerte segmentación socioespacial en los medios urbanos. En cambio, lo que sorprende es la enorme similitud de los índices en el espacio (Bogotá, Cali, Santiago) y en el tiempo (1973-1993 en Bogotá), lo que acentúa el interés por extender y sistematizar las aproximaciones comparativas al fenómeno, bajo la reserva –vamos a verlo ahora– de no limitarse a esos indicadores globales.

En efecto, volvamos a las dos ciudades colombianas. Los índices por localidad (tabla 3.3) muestran que las localidades de Bogotá tienen una composición

---

19 La fuente estadística utilizada es una encuesta Origen-Destino realizada en 1991, con una muestra de hogares repartida en 510 zonas censales. Desafortunadamente, los autores no ofrecen ninguna información sobre el diseño muestral, ni aun sobre el tamaño de la muestra. No obstante, sabemos que la población media de las 350 zonas encuestadas es de 3 530 individuos, un tamaño comparable al de los sectores censales en Colombia o de los *census tracts* en Estados Unidos. Entonces, es necesario tomar los resultados de este estudio con algunas precauciones (es posible que los intervalos de confianza importantes de las estimaciones por zona sobreestimen los valores del índice); de todas maneras, la importancia de la encuesta probablemente garantiza la fiabilidad de los órdenes de tamaño.

social menos homogénea que las comunas de Cali. También muestran que las localidades de Bogotá son más diferentes entre sí: junto a localidades con una composición social muy homogénea, otras localidades albergan una población mucho más diversificada socialmente. En 1993, el proceso segregativo se expresa bajo escalas más diversas en Bogotá que en Cali. En la capital colombiana, la organización sectorial heredada de decenios de fuerte expansión espacial, se ha vuelto más compleja, con situaciones locales inéditas de mezcla social. No se trata aquí de la sustitución de una escala de segregación por otra, sino de la aparición de una nueva escala —más micro— de la segregación, que modula el esquema global de distribución de las clases sociales en el espacio.

### 3. EN CALI, UNAS MEZCLAS SOCIALES LIMITADAS A LOS ESPACIOS-FRONTERAS

Las variaciones entre los índices por comuna, aunque menos importantes que en el caso de Bogotá, atestiguan situaciones contrastadas entre los barrios de Cali.

Un primer grupo de comunas, con población muy homogénea (reducidos valores del índice), integra al mismo tiempo barrios de habitat popular y otros de clase media. La homogeneidad del parque de viviendas (barrios de invasión autoconstruidos y programas de vivienda social) así como localizaciones apartadas de las áreas sociales más favorecidas de la ciudad, explican la uniformidad de la población, que implica a su vez la ausencia de “fronteras sociales” internas o con las comunas vecinas. Se trata ya sea de comunas periféricas situadas a lo largo del actual frente de urbanización, o de comunas empotradas en el seno del gran espacio residencial de capas medias y populares que cubre el oriente de la ciudad.

Un segundo grupo se caracteriza por una heterogeneidad interna media. Agrupa los barrios populares menos empotrados, los demás barrios centrales y peri centrales de clase media, así como la extensión sur del corredor de los barrios acomodados. En cada uno de estos espacios, la importante diversidad del parque de viviendas según la forma de tenencia, el tamaño y la categoría de las viviendas, genera directamente la especialización social de la población a escala de los barrios.

Finalmente, las zonas de contacto entre áreas sociales opuestas (ricos/pobres), situadas a lo largo de las franjas orientales y occidentales del eje de los barrios acomodados, constituyen los lugares de mayor polarización local. En términos de geografía social, es necesario distinguir dos situaciones. Por un lado, está la de las poblaciones pobres, minoritarias en el corredor central acomodado, confinadas en los enclaves constituidos por el segmento más degradado del parque de viviendas en alquiler (cuartos, inquilinatos). Por otro lado, el caso de la comuna 18, atravesada por la frontera entre los barrios populares de autoconstrucción de la ladera montañosa y los barrios residenciales acomodados que ocupan el territorio plano.

En resumen, es posible afirmar que en Cali, los pocos ejemplos de fuerte mezcla en el interior de las tres grandes áreas sociales que componen la ciudad, se explican por una heterogeneidad social limitada a algunos espacios-fronteras situados a sus márgenes.

#### 4. UNAS NUEVAS PROXIMIDADES ESPACIALES ENTRE GRUPOS SOCIALES EN BOGOTÁ

Los años 1980 estuvieron marcados por un giro importante en el modelo de desarrollo urbano de Bogotá, descrito en la sección 1, que se traduce en la evolución de los índices de segregación calculados para el conjunto de la ciudad y sus localidades: ellos pasan por un máximo en 1985, antes de recobrar en 1993 su nivel de 1973. En un contexto marcado a la vez por una creciente competencia por el acceso a un recurso territorial —que se ha vuelto escaso— y la multiplicación de los conjuntos cerrados, comienzan a aparecer nuevas proximidades espaciales entre grupos sociales, que generan situaciones de segregación a nivel microlocal. Según las localidades, las situaciones están muy diferenciadas en el conjunto del período 1973–1993: salvo en lo que respecta a la clase más acomodada, para la cual las diferencias entre localidades se desdibujan desde fines de los años 1970, las diferencias entre localidades permanecen en el mismo orden a lo largo de todo el período. Algunos ejemplos ilustrarán los procesos instaurados en el pericentro y en la periferia sur<sup>20</sup>.

---

20 Las informaciones sobre las prácticas residenciales surgen de las secciones demoestadística y antropológica de las encuestas CEDE-ORSTOM de 1993.

Desde mediados de los años 1980, los barrios pericentrales experimentan transformaciones importantes en la composición de su población, según procesos muy diferentes al norte y al sur.

La degradación de las condiciones de transporte, ligada a un brusco aumento del parque automotor y a la inserción laboral de la mujer, conduce a un importante número de familias acomodadas a aproximarse a su lugar de trabajo. Este nuevo incentivo hacia localizaciones más centrales se traduce en transformaciones muy rápidas en el efectivo y la composición demográfica del pericentro norte. La evolución ascendente del barrio es manifiesta: las familias instaladas a partir de mediados de la década de 1980 son más acomodadas que las instaladas durante el decenio anterior, en una época de decadencia del barrio, cuando las clases más altas lo abandonaron a cambio de localizaciones más septentrionales. Los índices de segregación de la localidad de Chapinero, ya elevados en 1973, aumentan sensiblemente: de hecho, la diversificación de la población corresponde a la formación de un mosaico de pequeños espacios muy homogéneos socialmente. La llegada de familias de altos ingresos se cumple en manzanas específicas, y las familias populares se encuentran confinadas en espacios cada vez más restringidos: los intersticios no tocados todavía por la evolución ascendente de este sector. Las transformaciones físicas del pericentro norte, directamente responsables de esta configuración socioespacial, expresan claramente el proceso de aburguesamiento en curso en este sector de Bogotá.

En cambio, otras evoluciones ocurridas en el pericentro sur no se leen directamente en el paisaje urbano. La localidad de Rafael Uribe experimentó un rápido proceso de subdivisión de grandes casas en apartamentos ocupados por familias con menos ingresos que los residentes tradicionales. La densificación demográfica y la tendencia al descenso del nivel socioeconómico de la población se cumplen sin que lo construido sea objeto de transformación visible exteriormente. Se trata, con todo, de un proceso confirmado por los índices de segregación de esta localidad: todos siguen una tendencia regular al descenso entre 1973 y 1993. Mientras los contrastes sociales se extienden en el pericentro norte, el pericentro sur sufre una homogeneización de la población. Allí también, el papel de las formas arquitectónicas debe subrayarse, al lado de factores de orden económico: la existencia de grandes casas burguesas,

cuya disposición interna de las habitaciones se presta para una subdivisión, ha facilitado esta evolución social del pericentro sur.

En las localidades periféricas, las situaciones son igualmente muy diversificadas, prueba suplementaria de fuertes disimetrías que se mantienen en el modelo de desarrollo de Bogotá. La periferia occidental conserva niveles de segregación moderada en el conjunto del período o solamente desde 1985. Clases medias y populares cohabitan en espacios con gradientes poco marcados. En cambio, al norte, la localidad de Usaquén presenta niveles de segregación claramente superiores a los valores observados en el conjunto de la ciudad, y esto de manera sistemática desde 1973. A todo lo largo del período, la producción de vivienda fue importante: producción individual, programa de viviendas o autoconstrucción sobre terrenos ocupados ilegalmente, han contribuido a la producción de un parque diversificado de viviendas, ofrecido al conjunto de la escala social. Esta producción se realizó según una marcada división espacial en el seno de la localidad, generó índices de segregación particularmente elevados. Pero, allí también, los signos de una diversificación local de la población se manifiestan y explican una fuerte disminución de los índices entre 1985 y 1993.

En el extremo opuesto de la ciudad, en la periferia sur tradicionalmente dejada a los sectores populares, la aparición de residencias para clases medias a fines de los años 1980 se traduce en el aumento de los valores de los índices de segregación correspondientes al tercer cuartil del indicador de condición social. Este fenómeno no sólo afecta a las localidades periféricas del Distrito, sino también al municipio de Soacha. La oferta de vivienda para las clases medias en el sur es un fenómeno ligado directamente a la carencia de tierras urbanizables en los territorios clásicos de instalación de esas poblaciones y a la difusión de un tipo de habitat particular: el conjunto cerrado, encerrado y vigilado por guardias. Atraídos por el precio de las viviendas y la calidad de las vías de comunicación, familias de clase media se instalan en el sur. Apenas iniciado a fines de los años 1980, este movimiento prosigue y se intensifica a todo lo largo de la década de 1990: el Sur ha devenido “habitabile”, con la condición de vivir en sus enclaves protegidos.

La diversificación de las escalas de segregación en Bogotá es manifiesta: los índices de segregación, las observaciones en profundidad sobre algunos

barrios y sobre las lógicas residenciales de sus habitantes, demuestran en forma muy coherente la realidad de esta evolución. El nuevo modelo de desarrollo de Bogotá está acompañado entonces por una evolución de las características geográficas de la segregación social. Junto a los factores relativos a la producción de vivienda y a las lógicas residenciales de los bogotanos, un tercer factor ha cumplido un papel importante en esta transformación: las formas arquitectónicas. La literatura actual insiste sobre los conjuntos cerrados; incontestablemente, ellos favorecen la proximidad espacial de los diferentes segmentos de población. Pero las características del parque de viviendas antiguas no deben ser olvidadas: la historia imprime sus marcas en la polarización social general del espacio urbano, en la percepción de la jerarquía de sus barrios (sobre lo cual volveremos en la sección II.D), pero también en su patrimonio edificado, más o menos apto para generar la densificación o la cohabitación entre grupos sociales.

Al desfase temporal entre los modelos de desarrollo de las dos ciudades evidenciado en la primera sección de este capítulo, responde pues una diferencia en las características de la distribución de segregación social. La diversificación de las escalas de la segregación observada en Bogotá no es tan efectiva en Cali. Por eso, la intensidad del proceso –tal como aparece medida en los índices– es actualmente la misma en las dos ciudades. Pero este nivel no resulta ni de la historia ni de la geografía social. Esta observación invita a la prudencia respecto a las comparaciones internacionales basadas sólo en los valores globales de los índices de segregación. También conduce a interrogarse sobre las significaciones y las consecuencias de esta transformación en la escala de la segregación social y, por tanto, sobre su menor visibilidad.

#### B. HISTORIA URBANA Y CICLO DE VIDA DE LOS HABITANTES

A menudo, el ciclo de vida interviene de manera importante en la diferenciación social de los espacios metropolitanos<sup>21</sup>. Los valores de índices (tablas 3.3a y

---

21 Cfr., por ejemplo, en *Métropoles en mouvement* (DUREAU et ál., 2000), los casos de París (SIMON: 303 a 306) y Montreal (DANSEREAU: 289 a 295).

b) y los Mapas 3.5 y 3.6 muestran efectivamente que tanto en Cali como en Bogotá, los barrios presentan diferencias significativas en cuanto a la estructura por edad (segregación moderada en los dos casos) y al tamaño de los hogares (segregación más fuerte, sobre todo en Bogotá).

La especialización del poblamiento según la posición en el ciclo de vida parece producirse en forma independiente de la composición social de los barrios. Lo anterior es corroborado por las muy distintas formas de distribución espacial observadas según uno o otro criterio: en aureolas toscamente concéntricas en lo concerniente a la segmentación demográfica (el tamaño de los hogares aumenta con la distancia al centro y, al mismo tiempo, la estructura por edad se torna más joven); en sectores o bandos, como lo pudimos ver, en el caso de la polarización social. Sin embargo, las dos distribuciones presentan algunas coincidencias: por ejemplo, la distribución espacial periférica de las poblaciones más jóvenes corresponde aproximadamente a la de los barrios populares, mientras que los hogares unipersonales se concentran sobre localizaciones centrales y pericentrales, socialmente mezcladas. Constataciones similares fueron realizadas en otros lugares<sup>22</sup>: estamos aquí en presencia de tendencias bastante universales de la estructuración demográfica y social del medio urbano, respecto a las cuales, de nuevo, las dos ciudades colombianas no se singularizan fuertemente. No obstante, para vislumbrar los comportamientos de los actores que participan en la producción de estos dispositivos espaciales, es interesante entrar un poco más en detalle. Para eso, nos apoyaremos principalmente en el caso de Bogotá.

La expansión espacial de las ciudades se ve reflejada en la composición por edad de los habitantes de sus barrios. Mientras que la población mayor se concentra en los barrios antiguos, las periferias cuentan con una importante proporción de niños y jóvenes (mapas 3.5 y 3.6): edad de los habitantes y edad del barrio van de la par. Varias características de las prácticas residenciales explican estas configuraciones. Por un lado, con la edad y, sobre todo, el acceso a la propiedad, los cambios de vivienda se tornan menos frecuentes; por otra parte, como ya lo hemos visto, la movilidad residencial intraurbana se efectúa

---

22 P. ej., en París (SIMON, 2000: 303 a 306), Santiago de Chile (PAQUETTE, 2000: 310 a 315) y Montreal (DANSEREAU, 2000: 289 a 295).

de seguido sobre cortas distancias<sup>23</sup>, lo que tiende a mantener la población en el barrio o la zona donde inició su recorrido residencial autónomo.

Sea que se trate de arrendatarios de clases populares que viven hace mucho tiempo en el barrio obrero de La Perseverancia –en la parte norte de la localidad de Santa Fe<sup>24</sup> (pericentro de Bogotá)–, o bien propietarios más acomodados de Chapinero, ni los unos ni los otros abandonaron masivamente esos barrios urbanizados desde los años 1950, con el resultado, más bien, de las fuertes concentraciones de personas de edad observadas en Bogotá. Todavía hoy en día, esta estabilidad geográfica se conserva y se resiste a los movimientos de aburguesamiento. Con todo, los antiguos habitantes de estos barrios afrontan simultáneamente un alto aumento de los precios en los comercios y los servicios cercanos, una creciente presión fiscal y un fuerte aumento en las tarifas de los servicios públicos. Las características urbanísticas de numerosas manzanas de Chapinero han ofrecido a los inversionistas un terreno favorable para una rápida transformación de lo edificado: las casas, suficientemente grandes y en manos de propietarios individuales han podido ser vendidas fácilmente, demolidas y reemplazadas por edificios. La transformación ruda y no regulada de este sector implica un importante costo social y humano para los antiguos habitantes, para quienes la evolución ascendente del barrio corresponde a una degradación de sus condiciones de vida, que no obstante no provoca salidas masivas del pericentro. Incluso para los habitantes de Chapinero, con recursos sensiblemente más altos que los de La Perseverancia, esta elección es bastante apremiante: una parte de ellos se instaló en un momento de relativa decadencia del barrio, que lo convertía en algo accesible para las clases medias. Ya avanzados en edad, en un país donde el sistema de pensiones es poco eficaz, les resulta prácticamente imposible cambiar de vivienda.

Para los hogares que tienen los medios para ajustar su vivienda a la composición familiar, sus recorridos residenciales expresan claramente la evolución de las aspiraciones residenciales en el curso del ciclo de vida. La fuerte homogeneidad de las viviendas en los conjuntos cerrados conduce a la

---

23 Cfr. el análisis cuantitativo de la movilidad residencial en Bogotá presentado en DELAUNAY y DUREAU (2002).

24 Ejemplos parecidos pueden citarse para Cali, en los barrios centrales de Versailles, San Antonio y San Fernando.

conformación de poblaciones particularmente uniformes. Un buen ejemplo son los conjuntos residenciales construidos a partir de los años 1980 en el municipio de Chía, al norte de Bogotá. Sin contar algunas parejas de edad que llegaron buscando un lugar tranquilo para su jubilación, casi la totalidad de los habitantes de los conjuntos cerrados se ajustan al mismo modelo: familias nucleares compuestas por los padres e hijos jóvenes, que tienen una situación laboral estable e ingresos suficientes, y que son propietarias de sus viviendas. Con frecuencia, los dos padres trabajan, lo que permite un rápido desembolso de los préstamos inmobiliarios. Esta situación les permite considerar su instalación en Chía como no definitiva, y emprender el retorno a Bogotá cuando los hijos han crecido. En el sur de Bogotá ocurre lo mismo en los conjuntos residenciales para las familias de clase media de Soacha: a la homogeneidad del parque de viviendas responde la uniformidad demográfica de la población que reside en ellas.

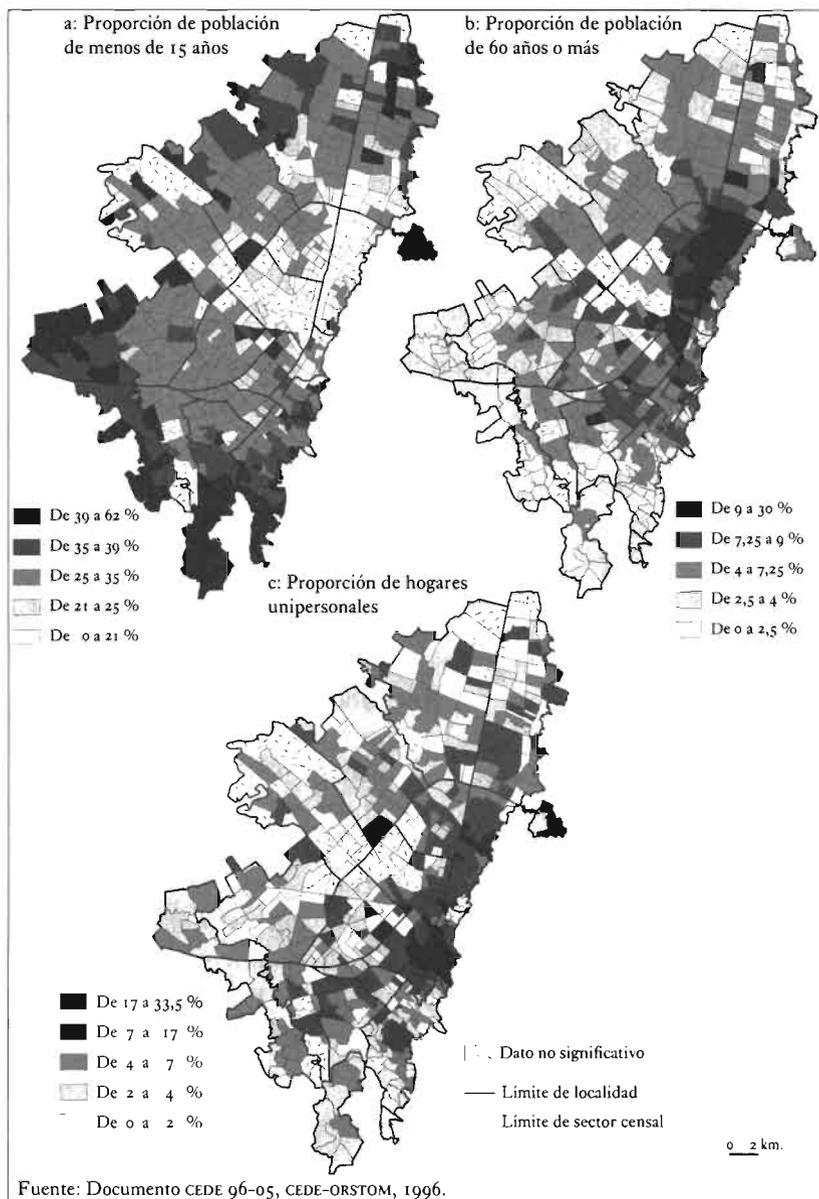
A esta reciente homogeneidad demográfica de los conjuntos residenciales se opone la mezcla de las grandes viviendas para las clases acomodadas producidas durante las décadas de 1960 y 1970. En Normandía (periferia occidental) o en Ciudad Jardín (periferia sur), las grandes casas todavía ocupadas por propietarios de edad acogen periódicamente a sus hijos, incluyendo a los nietos: en caso de divorcio o de pérdida del empleo, la casa de los padres constituye un recurso movilizadofrecuentemente donde las solidaridades familiares son fuertes. En esos barrios, la familia extensa puede cohabitar sin presiones, pues esas grandes viviendas hacen parte integrante de los itinerarios residenciales de las familias, movilizables frente a acontecimientos que marcan el ciclo de vida.

Evidentemente, los más pobres no disponen de la misma libertad de elecciones residenciales, en términos de forma de tenencia y tampoco en términos de localización. Como arrendatarios, están sometidos al nomadismo residencial para escapar del plazo del arriendo, huir de los conflictos con sus vecinos –problema frecuente en los inquilinatos superpoblados– o abandonar a su cónyuge. Como propietarios, están asignados a esa residencia, ya que sus recursos no les permiten repetir la adquisición de una vivienda<sup>25</sup>. En estas

---

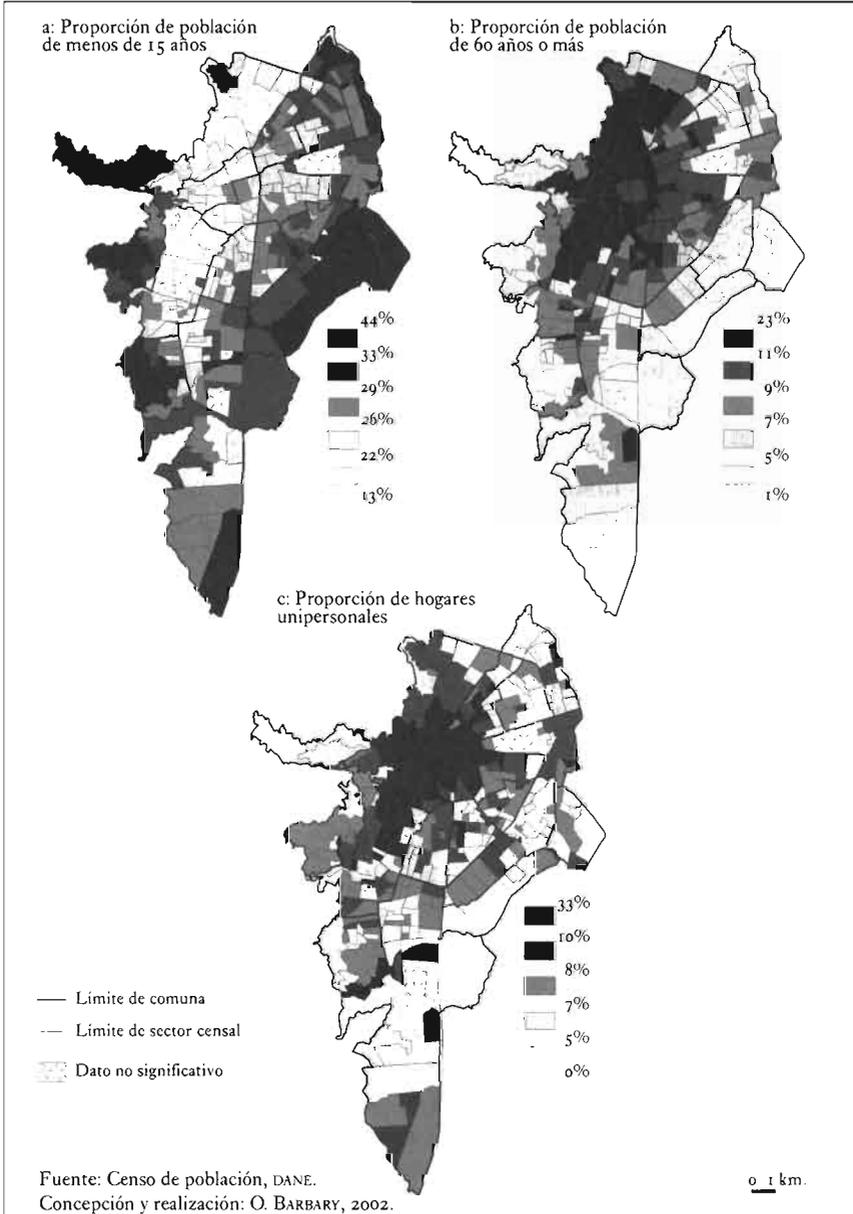
25 Para una medición de las relaciones entre movilidad residencial y cambios de formas de tenencia de ocupación, cfr. DELAUNAY y DUREAU (2002).

MAPA 3.5  
POBLACIONES DE MENOS DE 15 AÑOS Y DE 60 AÑOS O MÁS  
Y HOGARES UNIPERSONALES EN BOGOTÁ EN 1985



Concepción y realización: F. DUREAU y O. PISSOAT

MAPA 3.6  
POBLACIONES DE MENOS DE 15 AÑOS Y DE 60 AÑOS O MÁS  
Y HOGARES UNIPERSONALES EN CALI EN 1993



condiciones, la diferenciación demográfica de las zonas de habitat popular refleja ante todo el proceso de formación del barrio: su fecha de creación, su modo de producción, y la etapa de consolidación en que se encuentra.

Los barrios populares del centro concentran la mayoría de la población de ancianos con bajos ingresos. Los adultos que accedieron a la autonomía residencial en las décadas de 1960 y 1970 se vieron a menudo obligados a exiliarse en la periferia para conseguir una vivienda autónoma (secc. 1.D). Esta movilidad centrífuga aceleró el envejecimiento de los barrios centrales, mientras que las periferias se poblaban con jóvenes adultos.

En los barrios ilegales situados a orillas del río Bogotá, donde el proceso de consolidación ya está bastante avanzado, las estructuras demográficas son claramente más regulares que en las zonas de autoconstrucción reciente (como las invasiones en los cerros del sur de Bogotá) y la proporción de familias de gran tamaño es mayor. El surgimiento de una oferta de vivienda en la periferia, ligada directamente al proceso de consolidación de estos barrios, permite ahora a los jóvenes adultos instalarse en el sector, en una vivienda independiente de la de sus padres: la densificación en estos barrios populares periféricos está acompañada por una tendencia a la mezcla entre las generaciones, en ruptura con la segmentación que había acompañado al movimiento de expansión de la ciudad en los decenios anteriores.

En general, en estas ciudades jóvenes, los barrios son todavía fuertemente diferenciados en el plano demográfico: las características del parque de viviendas y las prácticas residenciales muy segmentadas según las clases sociales, dibujan configuraciones contrastadas aún marcadas por la dinámica de expansión espacial. Más que las posiciones en el ciclo de vida y las trayectorias residenciales que les corresponden, las configuraciones espaciales de la segregación demográfica traducen la historia reciente de las ciudades y el período de instalación de sus habitantes. Para una parte importante de la población, la movilidad residencial para ajustar la vivienda a las características de la familia es imposible; por ello, el hacinamiento en la vivienda es el siguiente paso para la mayoría de familias de las clases populares. Con la crisis económica que atraviesa el país, estas situaciones de promiscuidad se multiplican en los barrios más pobres. En Cali, donde la crisis se hace sentir desde la mitad de los años 1990, la exclusión masiva de los jóvenes del mercado

de trabajo —en particular de los hombres— retrasa significativamente la salida del domicilio paterno<sup>26</sup>. El regreso a este domicilio se hace igualmente más frecuente: en Bogotá, en razón de la crisis del sistema de financiamiento de vivienda UPAC (Unidad de Poder Adquisitivo Constante)<sup>27</sup>, aparecen a finales de los años 1990 nuevas cohabitaciones intergeneracionales, aun en las familias de clase media con viviendas poco amplias. De proseguir, esta dinámica traerá sin lugar a dudas importantes inflexiones a las configuraciones espaciales del poblamiento y favorecerá nuevas mezclas demográficas.

### C. EL AGRUPAMIENTO ESPACIAL DE LOS MIGRANTES DEL MISMO ORIGEN

Aparte del flujo de personas de origen rural o de ciudades más pequeñas, que procede esencialmente de sus cuencas migratorias regionales, Cali y más aun Bogotá, atraen una población citadina que viene de municipios de talla mediana y capitales departamentales más alejadas. De orígenes mezclados, la población que migra hacia las dos ciudades es bastante heterogénea en cuanto a sus características sociales, su modo de inserción y su impacto sobre la dinámica urbana. Esta heterogeneidad se ve traducida en su patrón de inserción espacial y social: los no nativos se encuentran en todos los segmentos del mercado de la vivienda y su espacio residencial se extiende al conjunto de las dos urbes. El desplazamiento de los barrios de recepción de inmigrantes, ligado a la expansión de la urbanización y a la aparición de ofertas locativas en la periferia, ha traído, a lo largo de varias décadas, la generalización de la presencia de migrantes en todo el territorio metropolitano de las dos ciudades. Así, la mitad de los migrantes residentes en los barrios encuestados en 1993 en Soacha, llegados a la capital en el curso de los años 1988-1993, se instalaron directamente en las viviendas de alquiler en los barrios más consolidados del municipio. Más recientemente, desde fines de los años 1990, los desplazados se instalan en los espacios intersticiales abandonados gracias al movimiento de urbanización y de consolidación. Una dinámica enteramente comparable

26 Fuente: encuestas CIDSE-IRD, 1998 y CIDSE-Banco Mundial 1999.

27 Sistema creado en 1972 para permitir la compra de vivienda a crédito (cap. sexto).

caracteriza la inserción residencial de los migrantes en Cali, exceptuando que en este caso permanece en los límites municipales. Los índices de segregación (tabla 3.3) y los mapas correspondientes ilustran bien este proceso. En las dos ciudades no aparecen grandes zonas de concentración sino, al contrario, un mosaico que simplemente refleja la variabilidad local de las tasas de población migrante.

El análisis de las distribuciones geográficas de ciertos grupos de migrantes confirma la articulación que se esperaba con los procesos de segregación social. El acceso a los diferentes barrios de la ciudad de los grupos de migrantes está en gran parte determinado por su capital educativo y su composición social: la selectividad de la migración se lee directamente en sus localizaciones residenciales. En Cali, la distribución residencial de quienes provienen de la zona de poblamiento afrocolombiano, por ejemplo, cuya desventaja histórica se traduce en un bajo capital económico y social de los migrantes a su llegada (seccs. III de los capítulos segundo y cuarto), contrasta con aquella de quienes provienen de Antioquia y del Viejo Caldas, con características espacial y social exactamente inversa de los primeros. Lo mismo ocurre en Bogotá: las configuraciones espaciales de los originarios de Boyacá y Cundinamarca corresponden a barrios populares, para los cuales los valores del índice de segregación son reducidos o medios, mientras los originarios de Antioquia y sobre todo los extranjeros, están concentrados en los barrios de alta categoría, claramente más segregados.

Sin embargo, la polarización social del espacio urbano no explica completamente la geografía residencial de los migrantes. Para algunos grupos, existen esquemas de implantación espacial específicos dentro de los cuales la geografía, los sistemas de transporte interdepartamental y, a veces, ciertos factores culturales, tienen un papel. Es el caso, por ejemplo, de los originarios del Tolima, departamento situado al suroccidente de Bogotá, quienes se concentran en la mitad sur de la ciudad, mientras los migrantes de Boyacá están claramente más presentes al norte. De la misma manera en Cali, entre categorías sociales comparables, los migrantes de la Costa Pacífica se encuentran más concentrados en los barrios del oriente de la ciudad que quienes vienen del altiplano andino (departamentos del Valle, Cauca y Nariño), localizados de manera preferencial en los barrios de invasión de las laderas de la Cordillera Occidental.

Un cambio de escala pone de relieve otra dimensión clásica de las prácticas residenciales de los migrantes: la propensión de ciertos grupos a una fuerte agregación residencial local que favorece la heterogeneidad del poblamiento dentro de ciertas localidades. Aun en sectores próximos, las proporciones de personas originarias de un mismo departamento pueden ser bastante variables. La densidad de las redes de información y ayuda entre originarios de una misma región, su papel determinante en el acceso a la primera vivienda, desempeñan un rol decisivo en la trayectoria residencial de los migrantes dentro de la ciudad de destino. Como es el caso del domicilio de sus padres para quienes han nacido en la ciudad, a partir de esta primera vivienda se define el espacio de movilidad intraurbana de los migrantes. Por otra parte,

... el barrio juega un papel importante de recepción, reagrupamiento y de instalación de las comunidades de provincia, de integración a la vida urbana mientras que estas corrientes migratorias influyen a su vez en los aspectos físicos y sociales de los barrios (JIMÉNEZ MANTILLA, 1998: 66).

Sociabilidad, organización y participación popular se definen en esta unidad espacial del barrio. Es particularmente el caso en los barrios del noroeste de Bogotá, donde se mantienen las tradiciones de Boyacá, o en Cali, en el Distrito de Aguablanca, marcados por la presencia de población afrocolombiana (cap. cuarto).

Tenemos entonces las dos explicaciones principales de la reproducción, a lo largo de las trayectorias de los individuos, de una lógica de concentración residencial de los miembros de una misma región o localidad de origen. Los migrantes no escapan, de una parte, a los factores de localización residencial del conjunto de la población: segregación social, historia de la ciudad, aspiraciones residenciales. Los análisis realizados tanto en Cali como en Bogotá confirman las similitudes entre las trayectorias residenciales de migrantes y nativos. Sin embargo, persiste una cierta variabilidad de los comportamientos residenciales según los grupos de migrantes, que no puede ser reducida a los efectos de estos factores generales, y está ligada a la importancia de las redes en el acceso de los migrantes a la vivienda, que refuerza su concentración espacial. ¿Cuáles son las consecuencias de esta lógica de agregación espacial sobre la intensidad y la escala de los procesos segregativos?

Mucho más claramente que en el caso de la segregación social, para la cual se impone en la escala de las aglomeraciones la inercia de grandes agregados sociales relativamente homogéneos (incluso si los signos de una segmentación más sutil se manifiestan en ciertas localidades de Bogotá), o para la segmentación demográfica que también se da en la escala macro, la espacialización del poblamiento según el origen geográfico opera en diferentes escalas más detalladas y específicas. Este hecho modera, por supuesto, su impacto en términos de “exclusión” relativa de las poblaciones concernidas. Aquí nos acercamos a un paradigma muy discutido de los estudios sobre la segregación urbana, que relaciona o al contrario disocia las nociones de distancia espacial y proximidad social<sup>28</sup>. La escala en la cual se da la polarización residencial es obviamente un parámetro determinante en la percepción que se tiene de la segregación. Tomando la ciudad entera como escala, la presencia de grandes bloques homogéneos y divididos espacialmente da paso a una lectura en términos de exclusión de grupos socialmente dominados y espacialmente segregados, que vuelve invisible a menudo la realidad de la movilidad espacial de los ciudadanos. Pero al contrario, cuando la mezcla social es señalada como solución a la cuestión de la integración, y mientras que el énfasis se hace en la dimensión espacial del problema, se ignoran otros mecanismos de distanciamiento social. En todo caso, es importante para la instrucción del debate que en la etapa de diagnóstico de las modalidades de segregación se tome en cuenta la escala de expresión de los fenómenos. Para esta tarea, los índices calculados para diferentes unidades espaciales son herramientas muy útiles.

En Cali, es indudable que la escala del proceso de agregación de los grupos de migrantes es distinta de aquellas referentes a las dimensiones sociales y demográficas de la segregación. Esto se muestra en los valores de los índices por comuna (ratio R de la tabla 3.3b): el origen migratorio generalmente introduce en el seno de las comunas una heterogeneidad local que no tiene equivalencia en la composición social, las estructuras de edad y el tamaño de los hogares<sup>29</sup>. En cambio, en Bogotá la situación está menos contrastada (tabla

---

28 Cfr., por ejemplo, CHAMBOREDON y LEMAIRE (1970) o el artículo de Y. GRAFMEYER en la obra editada por BRUN y RHEIN en 1994.

29 De ahora en adelante, es necesario tener en cuenta la excepción de los originarios de la

3.3a): efectivamente, la heterogeneidad local es sensiblemente mayor respecto al origen migratorio que a la edad de los individuos y al tamaño de los hogares, pero supera apenas a la introducida por la condición social de los hogares.

Los factores ligados a la historia del desarrollo urbano y a las formas de producción de la vivienda, que pesan fuertemente sobre los procesos de segregación social y demográfica, actúan en primer lugar en la escala de la ciudad en su conjunto: no fue sino hasta una fase posterior del desarrollo metropolitano cuando surgió —como en el caso de Bogotá— una escala suplementaria más fina de la segregación social. La tendencia a la agregación de las comunidades de migrantes constituye un factor suplementario de la heterogeneidad local, que refuerza en Bogotá la tendencia a la constitución de un “mosaico de microespacios más y más homogéneos”, para retomar la imagen de LÉVY y BRUN (2002: 161).

#### D. LAS REPRESENTACIONES DE LA CONFIGURACIÓN SOCIOESPACIAL DE BOGOTÁ ENTRE DIFERENTES ACTORES URBANOS<sup>30</sup>

Las representaciones juegan un papel decisivo en la producción de las configuraciones urbanas. Es por lo demás a este título que el equipo de A. MOCKUS, alcalde de Bogotá entre 1995 y 1998, reelegido en el año 2001, buscó influenciar las representaciones de la ciudad vehiculadas por sus habitantes en el curso de su primer mandato, a través de una política que concedía un importante lugar a lo que él denominó “educación ciudadana”. La tarea era ambiciosa: los sistemas de representación de quienes producen la ciudad —habitantes, políticos y gestores<sup>31</sup>— manifiestan una gran resistencia.

---

zona de poblamiento afrocolombiano en Cali ( $R = 0,30$ ), sobre la cual volveremos en la sección III de este capítulo, consagrada a la segregación racial en esta ciudad.

30 Esta sección se apoya en varios materiales: un estudio diacrónico de la imagen de Bogotá comparando diversos textos de los años 1930 y 1990 (JARAMILLO, 1998); los discursos recogidos en diferentes encuestas (en particular, las realizadas por T. LULLE en 1996 y 2000, presentadas en el anexo 2); y algunos textos mayores producidos por los servicios de planificación de Bogotá.

31 A pesar de su papel tan determinante, los actores económicos —en particular los de los

## I. UNA IMAGEN FORJADA DESDE LOS AÑOS 1930

La literatura no especializada de los años 1930<sup>32</sup> comenta ampliamente sobre la rapidez del crecimiento demográfico de Bogotá, sobre su expansión espacial y sus transformaciones. El centro y la periferia son distinguidos a través de tres registros de oposiciones: antiguo/reciente, compacto/discontinuo, complejo/simple-homogéneo. En las periferias, los barrios residenciales del norte son opuestos a los barrios obreros del sur. En cambio, las clases medias y las zonas industriales no son mencionadas. Así comienza a establecerse desde esa época la idea de una “polarización geográfica-social en la cual el norte es de los ricos mientras el sur es de los pobres” (JARAMILLO, 1998: 133). Incluso cuando se introducen ciertos matices respecto a la bipolaridad socioespacial y cuando está en boga una intensa inquietud por identificar los problemas generados por el rápido crecimiento de la ciudad (congestión del centro, expansión periférica y precariedad en los barrios populares), el discurso “científico” de los especialistas en el tema de la ciudad no se desprende significativamente del precedente.

A principios de los años 1990 (antes del primer mandato de A. MOCKUS), los discursos sobre la ciudad en su conjunto, tan presentes sesenta años antes, han desaparecido:

Los bogotanos [han] ido perdiendo una imagen unitaria y sintética de la ciudad (JARAMILLO, 1998, 188) [Los periódicos envían una imagen catastrófica, calificándola como] caótica, monstruo, desastrosa, inmanejable, ingobernable [...] invisible (ibíd., 193).

La insistencia en el carácter excepcional de la situación de Bogotá es fuerte, en relación con otras ciudades o con un pasado concebido como mejor. Los problemas mencionados son atribuidos antes que todo al tamaño de la ciudad (y no a su crecimiento), pero también a la insuficiencia de acciones por parte

---

sectores de la construcción e inmobiliarios—, menos estudiados, no serán tomados en cuenta.

32 S. JARAMILLO distingue dos tipos de discursos producidos por las clases dominantes: el discurso técnico (de los urbanistas, arquitectos, ingenieros) y el discurso iluminado, destinado a un público no especializado, que alimenta más directamente al discurso común.

del Estado y al comportamiento de los habitantes (poco solidarios y carentes de sentido cívico); el déficit de sentimientos de pertenencia a la ciudad es atribuido a la fuerte población de migrantes.

La imagen de la configuración urbana ha evolucionado desde los años 1930. Sin duda, el norte siempre es asociado sistemáticamente con la población que recibe altos ingresos; el centro, al concentrar la miseria y el peligro, se convierte en objeto de un discurso recurrente sobre su decadencia, asimilando la degradación física y la social. Al contrario, la periferia posee un contenido mucho más vago, incluso cuando la asociación con la pobreza y la carencia de servicios públicos es frecuente: la periferia aparece generalmente como el simple residuo del norte y del centro, “el resto de la ciudad” (JARAMILLO, 1998: 236). Mientras se afirma la imagen del norte rico, la del sur de épocas anteriores parece diluirse, con la excepción de Ciudad Bolívar, arquetipo del barrio miserable asociado con la pobreza, la carencia de servicios y la violencia. A pesar de ser muy numerosos, los sectores de clase media no poseen una imagen fuerte, con la excepción de Ciudad Kennedy, símbolo de la modernidad. Mientras el norte y el centro son mencionados con frecuencia, la mayor parte de la ciudad no aparece más que “en el vacío”: en los medios de comunicación de principios de los años 1990,

la segmentación de la ciudad parece manifestarse no solamente en separación muy nítida entre los grupos sociales de mayores ingresos y el resto, sino en un contraste entre significación y no significación (JARAMILLO, 1998: 241).

## 2. LA POLARIZACIÓN SOCIAL VIVIDA POR LOS HABITANTES

Aunque las nociones de segregación o de segmentación están ausentes de sus discursos, los habitantes de los estratos populares o de clase media interrogados a mediados de los años 1990 sobre sus elecciones residenciales, mencionan con insistencia las divisiones sociales del espacio urbano en formas distintas: utilizando designaciones geográficas (la dirección o conjuntos como el centro, el norte, el sur); recurriendo a las divisiones establecidas por la Administración (los estratos socioeconómicos para el cobro de las tarifas de servicios públicos); o acompañando las alusiones a los barrios con calificativos sobre el nivel social de la población, el origen de los migrantes, las funciones (residencial *versus* comercial) o el nivel de inseguridad.

Cualquiera que sea su lugar de residencia, los habitantes de los barrios populares se expresan frecuentemente sobre la homogeneidad social de estas zonas, que oponen a los barrios de referencia en el otro extremo de la escala social (Chicó, Nogal).

Aquí, socialmente todos somos iguales, todos somos pobres; si hay alguien que vive peor que otro, es su problema. Pero aquí todos somos del mismo estrato, de la misma posición social, tenemos los mismos ingresos, estamos en posición social baja, ¿no es cierto? Aquí trabajamos todos para poder vivir (habitante de una invasión en Soacha).

Por otra parte, las observaciones sobre la composición social de los barrios habitados frecuentemente son más sutiles. Algunos habitantes de clase media subrayan así las diferencias sociales internas poco visibles, en barrios frecuentemente considerados homogéneos (sea en La Perseverancia o en conjuntos residenciales como Nueva Santa Fe o Ciudad Salitre).

El impacto de las representaciones sobre las elecciones residenciales de las clases medias –“aprimadas” entre las clases populares, frente a las cuales quieren imperativamente tomar distancia, y los estratos superiores, a los cuales sólo pueden acceder muy difícilmente– arroja tres registros.

Ciertos barrios son deliberadamente excluidos. A la pregunta: “¿dónde no viviría usted en Bogotá?”, poco más de la mitad de los encuestados respondió que no quería vivir en “el sur”, “el extremo sur” o Ciudad Bolívar, que simboliza la peor situación, lo inaceptable. Algunas respuestas, más escasas, mencionan el “extremo norte”, “la periferia”, “el centro” y las zonas socialmente llamadas “barrios de estratos bajos”, “donde se encuentra la marginalidad”. Se trata de diferenciarse claramente de los estratos populares. La argumentación reposa sobre consideraciones de pobreza, inseguridad o de función no residencial (esta última es el caso del centro, considerado como un sector de instituciones y comercio, no como un sitio residencial).

Otros barrios son buscados con la esperanza de mejorar el estatus social al cambiar de localización, con el riesgo de aceptar sacrificios importantes en el plano financiero y en la distancia al lugar de trabajo. Entre los empleados de la industria Icollantas (situada al sur, en Soacha), que se han trasladado de los conjuntos cerrados de ese municipio a los de Suba (en el noroccidente), la razón del mejoramiento del estatus social está muy presente y directamente

asociada con la idea de que el norte es mejor que el sur (ORJUELA, JARAMILLO, PÉREZ, 1994):

En Suba la gente es mejor. También son pobres todos, pero tienen más elegancia [...] Uno vive lejos (del trabajo), pero ha terminado por acostumbrarse. Además, uno se siente diferente, hace parte del grupo que vive lejos, al norte. Eso nos gusta.

Una última persona encuestada, que se trasladó a Suba después de vivir tres años en Soacha, afirmó:

Para nosotros, Suba representa un mejoramiento del estatus social porque nosotros no somos cualquier cosa. Ya tenemos nuestra propia casa y cada día queremos tener nuevas y mejores cosas.

La mayoría de los entrevistados da testimonio de la representación de una jerarquía en los sectores de la ciudad, y de la espera de un mejoramiento del estatus social mediante el cambio de lugar de residencia.

Pero algunos barrios son considerados inaccesibles. Algunas respuestas dan prueba de fatalismo, testimoniando la interiorización de una movilidad social imposible, y que en todo caso no pasa por estrategias de tipo inmobiliario. Desde la perspectiva de la clase media, el ideal representado por los barrios acomodados no es por lo demás tan fuertemente marcado como el antiideal que constituyen los barrios pobres.

Las representaciones de los habitantes y de los medios convergen entonces en algunos puntos: las fuertes imágenes del norte y del centro son completamente compartidas, lo que de paso confirma el papel de los medios de comunicación en las construcciones colectivas. En cambio, en el “resto” de la ciudad la población, ampliamente mayoritaria pero indiferente para los medios, se identifica fácilmente con las jerarquías o las mezclas sociales. Sin duda, allí hay un testimonio suplementario de la segmentación social de las prácticas espaciales en Bogotá, que marca a la vez a las trayectorias residenciales y a los recorridos cotidianos: no tratada por los medios, la ciudad de las clases medias y las capas populares tiende a volverse invisible en la prensa.

### 3. LA CONFIGURACIÓN SOCIOESPACIAL EN EL CENTRO DE LOS DEBATES POLÍTICOS CONTEMPORÁNEOS

Ya presentes en 1996, las alusiones al proceso segregativo se vuelven más explícitas y numerosas en las entrevistas realizadas cuatro años después. También aparecen en las declaraciones de una gama de actores más amplia: quienes poseen un conocimiento directo de las prácticas de los habitantes (los elegidos y líderes comunitarios, el sector inmobiliario), pero también entre quienes, en la Administración Pública, administran los programas de reasignación de vivienda. El tratamiento conferido a la segregación en el diagnóstico y los proyectos del POT (Plan de Ordenamiento Territorial) sin duda alguna cumple un papel en esta evolución reciente.

A pesar de la diversidad del estatus y las funciones de los actores interrogados, las representaciones de la segregación que se derivan de estas entrevistas son relativamente convergentes. La primera característica común es la aceptación exclusivamente socioeconómica de la segregación. La dimensión demográfica del fenómeno, a pesar de ser tan intensa en Bogotá, no es objeto de atención alguna.

La segunda característica común es la importancia concedida a las prácticas residenciales de los habitantes: es mediante esta entrada como se aborda la segregación, y no mediante mecanismos estructurales, como las características de la oferta de vivienda. Una constatación establecida por muchos es que, incluso cuando las personas cambian de residencia, se quedan a vivir en el mismo barrio o en la misma zona. Se evoca el origen familiar de la creación de algunos barrios, cierta clausura frente a personas del exterior y el apego al barrio. Algunas interpretaciones culturalistas salpican los discursos: “Nosotros somos muy segregacionistas, cada uno cree pertenecer a una familia mejor que la del otro” (RAMÍREZ, consultor). En el caso de las clases populares, un proceso de autoexclusión estaría constituyéndose junto a una relación con la vivienda particularmente fuerte. Pero entre todas las razones evocadas, dominan la importancia de las redes familiares y la voluntad de conservar una proximidad entre los miembros de la familia.

También circulan discursos más precisos sobre nuevas prácticas residenciales, ligadas a la coyuntura. La crisis política y económica habría influido en los comportamientos residenciales, habría contribuido a hacer más compleja

la regla de movilidad a corta distancia y a modificar el esquema de la segregación. Según los representantes elegidos de las localidades centrales, el centro histórico experimenta partidas motivadas por un sentimiento: los poderes públicos no hacen nada en materia de seguridad o, al contrario, no intervienen más que para favorecer el aburguesamiento. A los ojos de los agentes inmobiliarios, en los barrios habitados por las clases acomodadas, las partidas al extranjero causan la venta o el arriendo de las viviendas a precios atractivos, accesibles a familias de clase media en ascenso. Los representantes elegidos del pericentro sur subrayan que el empobrecimiento de las familias de clase media genera dos tipos de movimiento: bien sea la partida hacia el norte de quienes, minoritarios, no son víctimas directas de este empobrecimiento pero deploran sus efectos en términos de la degradación de su ambiente; bien sea la división de las casas y su arrendamiento por parte de quienes permanecen, o por sus herederos, quienes recurren a esta estrategia para valorizar su patrimonio y compensar su pérdida de ingresos. Estas partidas o divisiones generan la llegada de nuevas poblaciones, no necesariamente con bajos recursos pero con frecuencia de otro origen regional.

Finalmente, un último rasgo común de los discursos recogidos en el 2000, en un contexto particularmente polémico<sup>33</sup>: la evaluación del tratamiento del problema de la segregación en el POT. A imagen de lo que también revelan otros textos producidos recientemente por el sector de la planificación de Bogotá, los debates en torno al POT muestran que el diagnóstico sobre la cuestión de la segregación ha evolucionado sensiblemente. Como se indicó, el discurso sobre las densidades demográficas se ha invertido, pasando de la constatación de una “subdensidad” heredada del período de expansión espacial, a un diagnóstico de “sobredensidad” global y de fuertes desigualdades entre diferentes sectores de la ciudad, que justifican la propuesta de densificación del extremo norte de la ciudad. Esta evolución en el diagnóstico –por lo demás, reconocida por los autores del POT (2000: 67)– es ciertamente coherente con la evolución efectiva

---

33 Las entrevistas fueron realizadas mientras la elaboración del POT generaba una fuerte controversia, en razón del proyecto de favorecer la expansión de la ciudad hacia una zona situada al norte: a los ojos de la CAR (Corporación Autónoma Regional), ese proyecto representaba una amenaza para el medio ambiente regional.

de las densidades. El tránsito a la escala metropolitana y la densificación del Distrito, demostradas en este capítulo, validan ese cambio de posición de los planificadores, pero el extremismo de las opiniones expresadas en estos textos sorprende.

Las densidades y la disponibilidad de tierras monopolizan la atención en el diagnóstico y las propuestas del POT, en detrimento de la segregación<sup>34</sup>. En esta nueva lectura de la configuración urbana, las formas de producción de vivienda ya no son centrales; las movilidades residenciales están notoriamente ausentes<sup>35</sup> y las relaciones densidad/segregación social no están realmente descritas: en el análisis del parque existente y de la demanda de viviendas, la población no existe más que por su número y su grado de solvencia.

Son numerosas las críticas al POT y provienen de actores muy diferentes. Muchas personas elegidas a las Juntas de Acción Comunal –JAC– opinan que el POT tendrá como consecuencia el favorecer la segregación, y que incluso constituye “una táctica de los ricos para consolidar mejor la segregación” (palabras de un elegido a una JAC de un barrio popular). Los proyectos de vivienda social también son motivo de vivas reacciones, desde su misma formulación. Así, algunos municipios limítrofes de Bogotá, como Chía y Soacha, muy preocupados por la posible construcción de viviendas de interés social en sus territorios, han elaborado por su parte planes que controlan fuertemente la aparición de tales proyectos.

En los sistemas de representación de la ciudad que circulan entre los distintos actores urbanos de Bogotá, la segregación social –incluso si se encuentra relegada a un lugar secundario en el texto del POT– permanece muy presente desde hace varios decenios. Aunque estas representaciones se han vuelto más complejas a raíz de las etapas del proceso de metropolización y de las coyunturas político-económicas, todavía son muy estereotipadas en los discursos y prácticas de los actores, habitantes y encargados de las decisiones. Este rasgo del discurso es particularmente sorprendente entre estos últimos,

---

34 En el documento técnico del POT, que tiene más de 450 páginas, de 70 dedicadas a la caracterización de la ciudad actual sólo hay 1 consagrada a la segregación.

35 El cálculo del déficit de viviendas efectuado en el POT sólo se basa en la producción de viviendas nuevas, sin tomar en cuenta el parque existente.

quienes por convicción, formación o deber, pretenden recurrir cada vez más a conocimientos objetivos, ya existentes y diversificados, en la elaboración de diagnósticos y planes, así como en la definición e implementación de sus intervenciones y estrategias. Se observa la completa ambigüedad de la práctica urbanística, prisionera entre científicidad e ideología, proyecto y acción, y la incertidumbre que pesa sobre su eficacia en la proyección de una ciudad más equitativa.

### III. EL COMPONENTE RACIAL DE LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN CALI

Como es el caso en la división social del espacio urbano que acabamos de observar, la producción periodística colombiana sobre la segregación racial, frecuentemente actualizada por los actores políticos, conserva ambigüedades y prejuicios que es necesario superar si se quiere situar el debate donde tiene que ser, es decir, en las modalidades reales de la segregación residencial y social de las “minorías étnicas” en Colombia. El desafío es mayor en el contexto del multiculturalismo, afirmado constitucionalmente desde 1991. Por primera vez en Colombia, con las encuestas realizadas en Cali en 1998 por el CIDSE y el IRD, y en 1999 por el CIDSE y el Banco Mundial<sup>36</sup>, fuentes demográficas confiables permiten calcular los índices de segregación residencial correspondientes a los distintos componentes fenotípicos del poblamiento de una metrópoli (recuadro 3.2).

La encuesta de 1998 estimó que la población de los hogares afrocolombianos en Cali representaba un 27,5% del total (es decir, más de 540.000 personas) y que se contaba con un 25% de personas caracterizadas como negras o mulatas. Recordemos que los hogares afrocolombianos son aquellos donde el encuestador caracteriza como negra o mulata, es decir, como poseedora de rasgos fenotípicos africanos, a por lo menos una persona dentro del núcleo familiar del jefe del hogar. Esta definición permite constituir una categoría estadística que exprese la realidad del mestizaje afroamericano en Cali en sus

---

36 Cfr. la presentación de estas encuestas en el anexo 2.

dos aspectos: histórico (el mestizaje “biológico” de los individuos en el transcurso de las generaciones) y contemporáneo (los hogares mixtos)<sup>37</sup>. La segunda encuesta, realizada en septiembre de 1999, confirmó el orden de magnitud de las cifras: 37% de la población pertenecía a hogares afrocolombianos y 31% se caracterizaba como negra o mulata<sup>38</sup>.

Vamos a describir primero el papel del factor racial en la distribución espacial de las poblaciones y la geografía social de la configuración residencial, teniendo en cuenta el mestizaje en Cali: para esto deberemos distinguir la población negra de la población afrocolombiana en su conjunto. Sobre la base de los índices de segregación, nos dirigiremos luego a establecer una comparación con Estados Unidos, donde la segregación racial es a la vez mejor conocida empíricamente y ocupa desde mucho tiempo un lugar importante en el debate sociológico y político (recuadro 3.3). El análisis de los datos estadísticos de la sección III.B alcanzará un resultado importante: las cifras certifican que en Cali no existe un “gueto racial”<sup>39</sup>. No obstante, el constatarlo no significa la inexistencia de un efecto propio del factor racial en la segregación residencial; la cuestión está en situar su peso dentro de los diversos componentes del proceso de segregación, particularmente a escala detallada de los barrios y las viviendas; este aspecto se tratará en la sección III.C.

---

37 De esta manera, al hablar de la población de los “hogares afrocolombianos”, o “no afrocolombianos”, se hace referencia a agregados estadísticos en los que sólo un 48% de los individuos fueron caracterizados como negros en el primer caso y un 63% como blancos en el segundo.

38 La diferencia con la encuesta de 1998 se debe a la cifra bastante superior de población mulata (19% contra un 10% en la encuesta CIDSE-IRD), en detrimento de la población mestiza (22% contra 28%). Estas diferencias señalan la importancia de la formación de los encuestadores y de un consenso semántico sobre las categorías fenotípicas.

39 Cfr. también sobre el tema las secciones I y IV del capítulo cuarto.

## RECUADRO 3.2

## SUMATORIA DE ENCUESTAS PARA MEDIR LA SEGREGACIÓN RACIAL EN CALI

Los cálculos de los índices de segregación a partir de las encuestas de 1998 y 1999 plantean ciertos problemas metodológicos ligados a la imprecisión de las estimaciones por sondeo de la composición de la población a escala micro. Los índices de disimilaridad y de HUTCHENS (recuadro 3.1) son precisamente mediciones de la variabilidad local en la composición poblacional (a nivel de sectores censales). Ahora bien, si los diseños de muestreo de las dos encuestas son concebidos con objetivos de representatividad para toda la ciudad o de las comunas, las estimaciones por sectores censales sufren en cambio intervalos de confianza importantes; de aquí la fuerte varianza de las proporciones de población por sectores y el aumento de los valores de los índices de segregación. No siendo funciones lineales, los estimadores de la varianza de estas dos estadísticas están sesgados y, en consecuencia, no existe una solución analítica para corregir la sobreestimación de los índices. Para superar esta dificultad no se puede sino emprender un acercamiento empírico.

Aprovechando la disponibilidad de dos encuestas desarrolladas con la misma metodología, con intervalo de un año –período lo suficientemente corto como para ignorar los cambios–, efectuamos la sumatoria de las dos muestras (1.880 hogares en la encuesta CIDSE-IRD y 1.982 en la encuesta CIDSE-Banco Mundial), con lo cual la muestra total llega a unos 16.706 individuos repartidos en 201 sectores censales, es decir un promedio de 83 observaciones por sector (en el censo de 1993, la población promedio de los sectores en Cali era de 5.035 personas). La comparación de los valores de los índices de segregación obtenidos a partir de la sumatoria con aquellos logrados con el censo de 1993 (para el conjunto de indicadores utilizados en la sección precedente) muestra que subsiste una sobreestimación importante. Escogimos evaluarla a partir de las tres dimensiones de la especialización del poblamiento más estables durante este período: el tamaño de los hogares, la estructura por edad y la proporción de población nativa de Cali. Este estudio empírico conduce a los coeficientes de ajuste de los valores estimados a partir de la sumatoria de encuestas: 0,65 para el índice de disimilaridad y 0,355 para el índice de HUTCHENS.

#### A. EL FACTOR RACIAL EN LA DISTRIBUCIÓN SOCIOESPACIAL DE LA POBLACIÓN

El patrón general de segmentación social del espacio urbano en Cali pesa fuertemente en la distribución residencial de la población negra y su segregación dentro del conjunto de los barrios populares (mapas 3.4 y 3.7). Esta segregación no puede ser apreciada sino en comparación con la configuración residencial del conjunto de la población afrocolombiana. Aunque el índice de segregación global para la población de los hogares afrocolombianos (cuadro

3.4) muestra una distribución residencial relativamente equilibrada entre los sectores censales, el análisis de su repartición en las grandes áreas sociales de la ciudad evidencia una concentración relativa en las zonas más pobres, producto de un proceso complejo de segregación residencial (BARBARY et ál. 1999: 37 a 39, y 71 a 76).

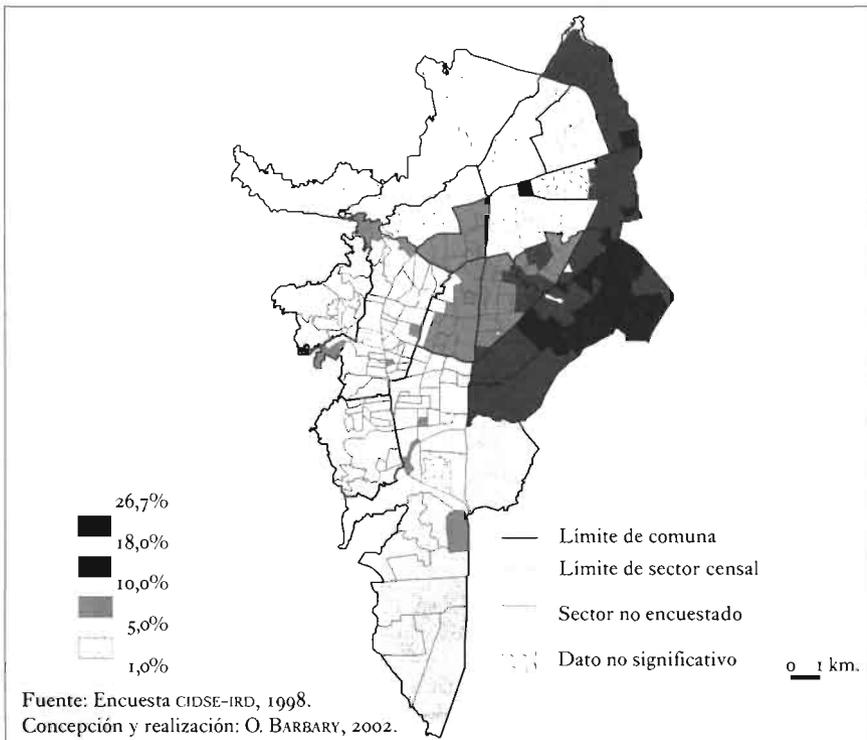
El 75% de la población afrocolombiana vive en las nueve comunas que concentran casi todo el habitat popular en Cali, mientras que sólo un 65% de la población no afrocolombiana se agrupa en ellas. De manera inversa, los barrios de clases media y alta no acogen sino a un 15% de los afrocolombianos, *versus* un 24% de los no afrocolombianos. Estas cifras no demuestran una segregación residencial masiva hacia los afrocolombianos, pero a medida que se entra en detalle en el análisis, las diferencias se acentúan.

A nivel global en la ciudad de Cali, el proceso de concentración residencial de las poblaciones parece seguir una jerarquía racial estricta que asocia sistemáticamente los contextos urbanos más pobres a mayor oscuridad en el tono de piel de la población. Los barrios populares del oriente, donde vive la mitad de la población total de Cali, reúnen un 74% de población negra, 52% de población mulata, pero sólo un 49% de población mestiza y un 47% de población blanca. Por el contrario, los barrios de clases media y alta (19% del total de la población) alojan a un 24% de blancos, un 19% de mestizos, un 18,5% de mulatos, pero solamente a un 7,5% de negros. Cabe notar con estas cifras, que las diferencias que oponen a las poblaciones mulatas, mestiza y blanca entre ellas (y en comparación al promedio) son reducidas, comparadas con las diferencias entre aquellas y la población negra. La conclusión estadísticamente válida, confirmada por los valores del índice de HUTCHENS (tabla 3.4), es entonces que existe de manera global una segregación de la población negra pero que no puede decirse lo mismo de las poblaciones blanca, mestiza y mulata.

La distribución espacial de la población negra (mapa 3.7) se caracteriza por el gradiente fuerte y regular del occidente hacia el oriente, según el cual varía su importancia demográfica relativa. Las tasas más bajas se encuentran en los barrios de las laderas occidentales y en el conjunto de barrios de clase acomodada del eje norte-sur. Al contrario, en los barrios orientales del Distrito de Aguablanca y de la ribera del río Cauca, las tasas de población negra sobrepasan siempre el promedio para el conjunto de la ciudad, hasta llegar a una

concentración máxima en el estrato socioeconómico más bajo de estos mismos barrios. Concentraciones cercanas al promedio caracterizan a los barrios menos favorecidos del oriente y a la totalidad de los barrios socialmente mixtos del centro y pericentro. Finalmente, más que para los hogares afrocolombianos, la segregación de la población negra en los más bajos segmentos del mercado de vivienda se produce en todas las áreas sociales de la ciudad. La frecuencia relativa de población negra en los estratos socioeconómicos más bajos de cada área es siempre notablemente superior a la frecuencia promedio del conjunto de la población del área.

MAPA 3.7  
 PROPORCIÓN DE POBLACIÓN NEGRA EN CALI EN 1998



Edición: O. PISSOAT

TABLA 3.4  
EL FACTOR RACIAL COMPARADO CON OTROS FACTORES DE SEGREGACIÓN  
RESIDENCIAL EN CALI (ÍNDICES DE HUTCHENS, 1998-1999)

Comunas	Indicadores								
	Número	Índice de la raíz cuadrada (x 100)							
	Sectores censo 93	Pob. ≤ 15 años	Pob. ≥ 60 años	1.º cuartil de CSI*	2.º cuartil de CSI	3.º cuartil de CSI	4.º cuartil de CSI	Pob. de los hogares afrocolombianos	
Comunas con la menor segregación racial									
16	5	0	1	0	0	0	1	0	
Comunas con la mayor segregación racial									
03	6	1	6	9	8	1	11	8	
Estadísticas globales									
Pro. Com.		0,8	2,5	3,8	3,0	1,4	3,4	2,9	
Total Cali	201	1,1	3,4	4,9	3,0	1,7	6,4	3,0	
R***		0,75	0,74	0,79	1,00	0,78	0,54	0,97	
Indicadores (cont.)									
Comunas	Número	Índice de la raíz cuadrada (x 100)							
	Sectores censo 93	Pob. nacida en Cali	Migrantes de la ZPA****	Migrantes interiores de VCN**	Migrantes Antioquia Viejo Caldas	Población negra	Población mulata	Población mestiza	Población blanca
Comunas con la menor segregación racial									
16	5	0	0	0	1	1	1	1	0
Comunas con la mayor segregación racial									
03	6	0	10	1	1	15	6	4	4
Estadísticas globales									
Pro. Com.		0,8	4,0	1,8	3,9	5,4	3,1	3,9	2,1
Total Cali	201	0,9	3,8	1,9	3,9	5,8	3,0	4,5	2,7
R***		0,85	1,08	0,93	1,00	0,94	1,04	0,86	0,76

Fuentes: Encuestas CIDSE-IRD (1998) y CIDSE/Banco Mundial (1999). Cálculos de O. BARBARY a partir de archivos individuales.

\* CSI: Indicador de la Condición Social de los Individuos (nivel educativo/hacinamiento en la vivienda).

\*\* VCN: Interior de los Departamentos de Valle, Cauca y Nariño.

\*\*\* Ratio R: Promedio de los valores por comuna/Valor total para la ciudad.

\*\*\*\* ZPA: Zona de Población Afrocolombiana.

B. LA INTENSIDAD DE LA SEGREGACIÓN RACIAL EN CALI  
EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL Y EN COMPARACIÓN  
CON OTROS FACTORES SOCIODEMOGRÁFICOS

Entre los trabajos recientes sobre segregación racial en Estados Unidos, los realizados por el equipo del Population Research Center de la Universidad de Chicago, reunido alrededor de MASSEY y DENTON, son, sin lugar a duda, un punto de referencia. De su importante producción se extrajeron tres artículos de síntesis<sup>40</sup> sobre los cuales se apoyará este ejercicio de comparación con Cali (recuadro 3.3).

RECUADRO 3.3  
COMPARACIÓN CON LOS ESTUDIOS EMPÍRICOS DE MASSEY Y DENTON  
EN ESTADOS UNIDOS

El estudio del *Population Research Center* trata sobre las 50 ciudades norteamericanas más pobladas y sus suburbios, a las que se añadieron 10 centros urbanos escogidos por su importante población de origen "hispanico". Los autores se interesan por cinco dimensiones del proceso de segregación residencial de las minorías étnicas, de las cuales retendremos aquí sólo la primera, denominada *unevenness* (desigualdad) y medida por el índice de disimilaridad. Sólo ella, en efecto, corresponde a la aproximación de la segregación desarrollada aquí, en términos de desigual repartición espacial de las categorías de la población. La unidad espacial que sirve de base al conjunto de medidas es el *Census Tract*, o sector censal, que agrupa una población entre 3.000 y 6.000 personas (un promedio aproximado de 4.000); se trata entonces de un orden de tamaño que garantiza la comparabilidad con las medidas basadas en los sectores censales colombianos.

De acuerdo con el tono bastante politizado del debate norteamericano sobre la segregación racial, MASSEY y DENTON enfocan su atención sobre la cuestión de la "hiper segregación" de los afroamericanos, definida como la desigualdad de condición residencial padecida por esta minoría en comparación con la categoría étnica mayoritaria (*Non Hispanic Whites*) y a la otra minoría importante (*Hispanics*). Su demostración se apoya entonces en los índices de segregación relativa de estas dos minorías en comparación a la mayoría blanca, y no

40 MASSEY y DENTON, 1988 y 1989; MASSEY, WHITE y PHUA, 1996. Los datos, obtenidos del censo estadounidense de 1980, y el método, presentados en el primer artículo, son similares en los tres artículos. Los resultados empíricos son agrupados y discutidos en el segundo artículo, mientras el tercero propone una actualización de las cifras a partir del censo de 1990.

en la medida de su segregación absoluta en comparación con el resto de la población, como lo hemos hecho en las Tablas 3.3 y 3.4.

Para las necesidades comparativas, se adoptará temporalmente el punto de vista de MASSEY y de DENTON en la elaboración de la tabla 3.5. A partir de los datos de caracterización fenotípica obtenidos de las encuestas de 1998 y 1999, se considerarán entonces las tres poblaciones “minoritarias” importantes de Cali –negra (11% del total de la población), mulata (18%) y mestiza (20%)– para calcular su índice de segregación de manera relativa a la población blanca (41%).

Los resultados de la tabla 3.5 se examinarán con algunas cifras extraídas de MASSEY y DENTON (1989: 379 a 389; 384 y 385): los índices para las cinco primeras metrópolis del país y la aglomeración de New Orleans (cuyo tamaño puede compararse con el de Cali), así como los valores mínimo, máximo y el promedio para las 60 aglomeraciones de Estados Unidos.

TABLA 3.5  
LA SEGREGACIÓN DE LAS POBLACIONES MINORITARIAS EN CALI (1998-1999)  
Y ESTADOS UNIDOS (1980), ÍNDICES DE DISIMILARIDAD

Cali (% población total)*	Negra (11%)	Mulata (18%)	Mestiza (20%)
Cali**	0,29	0,22	0,25
Estados-Unidos***	Negra	Hispánica	
Chicago	0,88	0,63	
New York	0,82	0,66	
Los Angeles-Long Beach	0,81	0,57	
Miami	0,78	0,52	
San Francisco-Oakland	0,72	0,40	
New Orleans	0,68	0,25	
Mínimo	0,35	0,21	
Máximo	0,91	0,72	
Promedio 1980	0,69	0,44	

Fuentes: \* Encuesta CIDSE-Banco Mundial 1999; \*\* Encuestas CIDSE-IRD 1998 y CIDSE-Banco Mundial 1999; \*\*\* MASSEY y DENTON (1989: 378 y 379; 384 y 385).

Considerando los valores de la disimilaridad, la segregación racial en Cali no tiene medida común con la de las grandes aglomeraciones estadounidenses. La concentración residencial de las poblaciones negra y blanca en barrios específi-

cos prueba ser 2,4 veces superior, en promedio, en las ciudades norteamericanas que en Cali; es el caso por ejemplo de New Orleans, mientras que en las cinco primeras ciudades del país, la diferencia se ahonda hasta llegar a un factor 3 en Chicago, la gran metrópoli con mayor segregación (tabla 3.5). Si consideramos además, como lo afirma SIMON (1997) en su estudio dedicado al censo de Estados Unidos, que la regla de la “gota de sangre” es la que se aplica en la identificación étnica, lo correcto sería comparar la segregación de la población negra de este país con la de las poblaciones negra y mulata de Cali: la intensidad menor de la segregación racial en Cali se encontraría reforzada.

La segunda diferencia importante entre los dos contextos es la ausencia en Cali de aquello que MASSEY y DENTON llaman “la hipersegregación de los afroamericanos”<sup>41</sup>. En Cali, la diferencia entre las poblaciones negra y mulata no sólo es reducida, sino que además la población mestiza tiene un nivel de segregación intermedia. De esta manera se desmiente, en el caso colombiano, la observación que hacen los especialistas norteamericanos acerca de una segregación que crece proporcionalmente a la oscuridad del color de piel. Con estas cifras se entiende por qué los antropólogos urbanos de la Escuela de Chicago—como J. FRAZER en Salvador de Bahía—, cuando conocieron en los años 1930 una realidad tan diferente a la de la ribera del Michigan, sostuvieron la idea de un modelo suramericano de coexistencia y “democracia” racial.

Estos resultados conducen pues a dos conclusiones: un nivel moderado de concentración residencial de las poblaciones negra y mulata, y una débil diferenciación entre los diversos componentes fenotípicos de la población. Puede entonces afirmarse que no existe un gueto racial en Cali, por lo menos como división del espacio urbano en grandes áreas de poblamiento homogéneo<sup>42</sup>. Pero ¿puede concluirse que el factor racial sólo cumple un papel secundario frente a las otras dimensiones del proceso de segregación residencial?

Se llega a una conclusión diferente cuando se retoma el índice de HUTCHENS para comparar la intensidad de la segregación, esta vez absoluta, inducida respectivamente por las divisiones demográfica, social, de acuerdo al origen

---

41 Cfr. la totalidad del argumento en MASSEY y DENTON (1989, 383 a 389), donde son tenidos en cuenta otros cuatro índices.

42 Para los debates sobre la noción de gueto, cfr. el capítulo cuarto.

regional y el color de piel. Las intensidades de la segregación racial y de la segregación social son del mismo orden. Sin embargo, cuatro grupos de población se distinguen por una segregación más fuerte: las categorías socioeconómicas de los dos extremos de la escala social (1.<sup>er</sup> y 4.<sup>o</sup> cuartiles del indicador de condición social), la población negra y la población mestiza (tabla 3.4). De manera más general, los fuertes niveles de segregación corresponden casi siempre a categorías de población definidas de manera directa o indirecta a partir de criterios socioeconómicos o fenotípicos. La hipótesis sugerida por estas cifras es que existe en Cali un factor sociorracial de concentración y diferenciación de la población a la escala de los sectores censales. El análisis detallado de la geografía socioeconómica y racial de la ciudad apoya esta tesis y muestra la interacción de las dos dimensiones.

#### C. LAS ESCALAS DE LA SEGREGACIÓN RACIAL

Dentro de algunas grandes áreas sociales, la estratificación socioeconómica del habitat (anexo 3) introduce un nivel suplementario en la especialización del poblamiento. En los barrios populares del oriente, por ejemplo, existe una importante sobrerrepresentación de la población de los hogares afrocolombianos en los tres estratos socioeconómicos más bajos; en una menor medida, también es el caso de los barrios de autoconstrucción de la ladera occidental. En cambio, esta división racial no tiene lugar, a escala micro, en las comunas centrales ni pericentrales, bastante mezcladas socialmente, ni en las del corredor norte-sur ocupado por las clases medias y superiores.

La intensidad de la segregación en los barrios, medida por los índices de HUTCHENS calculados entre sectores censales de una misma comuna (tabla 3.4), permite precisar la observación. En las comunas de barrios populares, donde la intensidad de la segregación de los afrocolombianos a esta escala es baja, no existe estructura de grandes bloques raciales homogéneos. La segregación opera sobre todo a nivel de las viviendas: la población negra se encuentra concentrada en las viviendas de peores condiciones. En este patrón, la precariedad socioeconómica parece dominar la diferenciación racial. A la inversa, en los barrios socialmente mezclados del centro y el pericentro y en los barrios más burgueses, la organización del poblamiento en áreas raciales homogéneas es

más marcada. Cuando se consideran niveles sociales equivalentes, los negros tienen iguales condiciones de vivienda que los blancos, pero se encuentran agrupados en determinados espacios: la segregación espacial les recuerda que aun “ricos” continúan siendo “diferentes”. Así, contraria a la segregación socioeconómica caracterizada, tal como se ha visto, por su escala macro, la segregación racial en Cali funciona en varias escalas y la “dosificación” entre sus diferentes niveles puede invertirse de un área social a otra.

Se puede todavía afinar el análisis, considerando no sólo la distribución de los lugares de residencia, sino también las condiciones de vida de los hogares afrocolombianos. La segregación se traduce con indicadores de hacinamiento, de acceso a los servicios públicos y de equipamiento del hogar, frecuentemente menos favorable a los hogares afrocolombianos (BARBARY et ál. 1999: 53 a 61). Un análisis detallado muestra que el proceso complejo que conduce a estas situaciones varía mucho con otros factores de división socioeconómica. BRUYNEL y RAMÍREZ muestran, por ejemplo, que para la promiscuidad en la vivienda, la desventaja relativa que tienen los hogares afrocolombianos es sistemática a lo largo de la escala social (ibíd., 56), mientras que para el acceso a servicios y bienes, la desventaja se concentra en los niveles sociales intermedios y, en cambio, los hogares afrocolombianos más pobres y los más ricos se encuentran en igual condición que sus homólogos no afrocolombianos (ibíd.: 58 y 59).

¿Qué debe concluirse a partir de estos desarrollos sobre la diferenciación de los dispositivos residenciales de las poblaciones afrocolombiana y negra en comparación con otras poblaciones? ¿Existe, en el proceso de segregación urbana en Cali, un componente racial irreductible? Es posible, particularmente a las escalas meso y micro de los estratos de habitat y del parque de viviendas. Pero estos mecanismos de segmentación residencial no pueden ser analizados únicamente como el producto endógeno de un orden social racialmente segregado, pues son igualmente resultado de estrategias y de oportunidades propias de las redes migratorias de las poblaciones de diferentes orígenes geográficos y sociales (ibíd.: 41, 49, 87 y 88). El papel de estos orígenes, como factor de diferenciación de la población afrocolombiana como también de su heterogeneidad interna, reviste una enorme importancia. Desde luego, el análisis de la división geográfica, económica y cultural del conjunto complejo de orígenes y trayectorias que determinan la segregación socioespacial en Cali

se vuelve un desafío central (secc. III.B del cap. segundo). Además, ligado a la diversidad de factores examinados a lo largo de este capítulo, que determinan las lógicas de concentración residencial en la ciudad (el acceso a la vivienda, y particularmente a su propiedad, el origen regional, ciertos factores culturales, el papel de las redes migratorias y de las estrategias de proximidad familiar o social, etc.), está el juego de escalas múltiples en las cuales esta concentración se produce, contribuyendo al entrelazamiento inextricable de las lógicas demográfica, social y racial en el proceso de armado del rompecabezas de la segregación urbana.

Así, muchas preguntas quedan abiertas. Para referirnos a la principal –aquella ligada al papel propio del factor racial en la segregación residencial– es claro que los afrocolombianos de Cali, sumergidos, como el resto de la población, en la combinación de factores y escalas del proceso segregativo, deben asumir una característica suplementaria y específica, cuya intervención en las relaciones interpersonales y sociales es indudable: su color de piel y los numerosos estigmas que él arrastra (cap. cuarto).

#### CONCLUSIÓN

El ejercicio comparativo ha puesto en evidencia la convergencia de las dinámicas socioespaciales de Cali y Bogotá, su desfase temporal e importantes similitudes entre estas grandes ciudades colombianas y sus homólogas latinoamericanas. El caso de Bogotá, donde el cambio de modelo de desarrollo ha empezado desde mediados de los años 1970, se inscribe plenamente en las evoluciones más generales descritas –sobre la base de un panel diverso de casos– en el libro *Metrópolis en movimiento* (DUREAU et ál., 2002). El tránsito desde una dinámica de expansión periférica a una dinámica dominada por la redistribución de la población en el espacio metropolitano está compartida ahora con otras numerosas metrópolis del Sur (LÉVY y BRUN, 2002: 150). En Bogotá, y pronto en Cali, ya no estaremos frente al simple marco de una “desigualdad espacial que estaría completamente regida por la expansión urbana espontánea” (LÉVY y BRUN, 2002: 151). En la capital colombiana, el cambio de dinámica está acompañado por una diversificación en las escalas de segregación

residencial. Esta hipótesis, surgida del análisis de las prácticas de movilidad espacial, está plenamente confirmada por los índices de segregación.

En Cali, una ciudad tres veces menor que la capital colombiana y menos avanzada en su desarrollo metropolitano, la herencia histórica de una división social del espacio en grandes bloques a escala de toda la ciudad perdura y se extiende en la periferia sin que surjan todavía recomposiciones importantes de la segregación social bajo una escala más fina. Y aunque no existe en Cali –y probablemente en ninguna ciudad del país– un gueto racial en el sentido que tiene este término en Estados Unidos, la segregación residencial y social de la población negra existe de todos modos: se ejerce en escalas y bajo modalidades variables en función de la pertenencia social.

Los resultados testimonian irrefutablemente el aporte de la aproximación estadística a las distribuciones espaciales de la población mediante los dos índices seleccionados. Su aplicación en dos ciudades, sobre las cuales disponíamos ya de un corpus de análisis y conocimientos, también muestra que esta aproximación alcanza su mayor interés cuando se trabaja con diferentes escalas geográficas y diacrónicamente. Como ocurre con frecuencia, la aproximación mediante los índices deriva su pertinencia de las variaciones de sus valores en el tiempo y en el espacio. No obstante, otros caminos merecerían ser explorados, recurriendo a métodos que precisamente tienen por objeto describir las estructuras de las escalas de poblamiento (fractales o métodos de análisis de imágenes).

#### A. EL TEMA TRATADO: DESAFÍOS CIENTÍFICOS Y POLÍTICOS INSOSPECHADOS

Las relaciones entre el modelo de crecimiento, la distribución espacial de las densidades y las divisiones sociales del espacio, han adquirido progresivamente una significación que no habíamos percibido en el inicio de este estudio.

El análisis del poblamiento “no calificado socialmente” (es decir, análisis de formas de expansión y de redistribución de las densidades) nos pareció inicialmente una cuestión poco importante en el contexto científico colombiano. En Francia, el problema de las densidades urbanas, abandonado durante decenios por las investigaciones, ocupa de nuevo un lugar importante en los debates

sobre la ciudad<sup>43</sup>. La producción científica sobre la ciudad en Colombia ha permanecido al margen de este movimiento, reconfortándonos con la idea de que lo importante en el debate científico local era más el conocimiento del proceso segregativo y de sus recientes inflexiones. Creemos que el estudio de la dinámica socioespacial es una condición previa necesaria para el análisis del proceso segregativo, y por esta razón lo hemos convertido en uno de los objetivos de nuestro análisis: la hipótesis subyacente —plenamente confirmada en el ejercicio— era que el contexto de las ciudades “en construcción” imprimía un marco específico a los procesos de especialización social del poblamiento. Ahora bien, después de varios decenios de investigaciones y diagnósticos que subrayan la segmentación de las formas de producción de vivienda y del acceso a la vivienda, y que señalan la fuerte segregación, el problema del espacio y las densidades demográficas ha adquirido hace poco un estatus inédito en la más reciente producción en materia de planificación. ¿Por qué se produce este cambio en los diagnósticos de los planificadores? ¿Qué significación se puede atribuir a esta evolución, que además todavía no ha afectado a los elegidos locales ni a los profesionales de las ONG?

A pesar de estas nuevas orientaciones, los diagnósticos siguen careciendo de informaciones, cada vez más necesarias, para comprender mejor las actuales realidades metropolitanas. En el diagnóstico del POT de Bogotá, es manifiesta la crisis del paradigma de las formas de producción de vivienda, que se ha vuelto inadecuado en relación con la etapa de urbanización experimentada por la ciudad. Este diagnóstico está subtendido por una lectura puramente física de la ciudad y de la ocupación del espacio, y desdibuja a la vez los mecanismos de las dinámicas en marcha y su dimensión social. La población se encuentra ausente como actora: sólo interviene por su número y su capacidad de adquisición de vivienda. Sus movilidades espaciales no se mencionan. Las transformaciones del parque de viviendas no se analizan, el razonamiento está dirigido sobre todo en función del espacio libre para la construcción de nuevas viviendas.

---

43 El número 67 de *Annales de la Recherche Urbaine* (1995), dedicado a las densidades, testimonia la renovada atención a este problema. En este mismo número, un artículo de T. SAINT-JULIEN realiza una interesante síntesis sobre la evolución de los cuestionamientos sobre la densidad entre la comunidad científica francesa.

El marco de análisis estructuralista en crisis no es reemplazado por un nuevo paradigma que permita leer “la gran ciudad existente” con las transformaciones y redistribuciones que la atraviesan. La producción científica disponible es utilizada para dar a las nuevas orientaciones de planificación urbana la aparente racionalidad exigida tanto por las organizaciones internacionales como por algunos actores locales. Ella también sirve para dar forma a los intereses tradicionales de una pequeña elite económica y política propietaria de tierras todavía disponibles. En semejante contexto, un estudio que articule las densidades y las divisiones sociales del espacio alcanza un valor inesperado.

#### B. LOS LÍMITES DE UN ENFOQUE DESDE LA VIVIENDA

Resulta fácil mostrar las lagunas en los diagnósticos propuestos en los documentos de planificación. El enfoque propuesto en este capítulo no es del todo satisfactorio: él también está en desfase respecto a ciertas características actuales de las dinámicas socioespaciales en las ciudades estudiadas. El conjunto de nuestro razonamiento descansa sobre la localización de la población en su vivienda. Pero haciendo abstracción de la movilidad desde la vivienda, este enfoque no autoriza más que una aproximación estadística al poblamiento y borra las profundas desigualdades que atraviesan el acceso al espacio.

¿Cuál es la significación de las densidades residenciales cuando una parte creciente de la reproducción económica y social de los ciudadanos tiene lugar al exterior de la vivienda, en diferentes sitios de la ciudad? ¿Qué sentido tiene ofrecer una configuración socioespacial petrificada, que no corresponde más que a una realidad nocturna, cuando la población vuelve al “lugar de residencia habitual” donde la fija el censo? Durante mucho tiempo, los urbanistas han razonado reduciendo el uso del espacio a una sola función, designada en los documentos de urbanismo. Ahora bien, se comprueba que esas funciones son “espontáneamente” diversificadas por fuera de los intervalos horarios que les corresponden. El tríptico tradicional “un lugar-una función-una población residente” es puesto en tela de juicio por las prácticas efectivas de los lugares por parte de los habitantes. El poblamiento debería ser considerado de manera dinámica, recurriendo por ejemplo a nociones como la de “densidad móvil” (MILLE, 2000). Después de varios decenios de tratamiento espacial de

la ciudad, diferentes manifestaciones de un tratamiento temporal del espacio urbano ven la luz en las agencias de urbanismo francesas. Tener más en cuenta esta dimensión temporal es una necesidad para mejorar el diagnóstico de las configuraciones urbanas propuesto en este capítulo.

Los límites de una aproximación de la segregación a través del filtro de la vivienda aparecen también como evidentes: las desigualdades en el acceso al espacio de los diferentes grupos de población no se limitan solamente al campo residencial. Hemos voluntariamente reducido nuestro enfoque a una sola dimensión del fenómeno segregativo: “la distinción espacial entre las áreas de residencia de diferentes grupos de población”, según la definición de BRUN citada en la introducción. Por lo tanto, hemos dejado de lado otra dimensión,

... que enfatiza no tanto sobre las distancias socioespaciales entre los grupos como tales, sino mucho más sobre sus *oportunidades desiguales en el acceso a los bienes materiales y simbólicos que ofrece la ciudad*<sup>44</sup> (GRAFMEYER, 1994: 89).

En las ciudades de gran tamaño, donde la especialización funcional se intensifica, la movilidad se convierte en una condición para el acceso a los equipamientos, a los empleos, etc. Ahora bien, hemos visto que la movilidad espacial es profundamente discriminatoria. En tal contexto, hoy en día y más que ayer, es necesario tener en cuenta la diversidad de las prácticas espaciales y los usos de la ciudad, mucho más que solamente las prácticas residenciales<sup>45</sup>. Considerada como una carencia de acceso a algunos lugares para ciertas categorías de población, el análisis del proceso segregativo ciertamente debe tener en cuenta el acceso a la vivienda, pero también otros recursos económicos y sociales en la escala cotidiana.

Los resultados presentados a lo largo de este capítulo demuestran que tomar en cuenta globalmente las prácticas espaciales es, más que nunca, necesario en las fases de desarrollo experimentadas por las grandes ciudades. La lectura –desde la vivienda– de las desigualdades en el acceso al espacio se vuelve

---

44 Cursiva fuera de texto.

45 Estas cuestiones ya eran centrales en el capítulo segundo.

cada vez más eficaz. Mientras la geografía de las áreas sociales se vuelve más compleja, mientras se multiplican las proximidades espaciales entre las clases sociales, la distribución espacial de los recursos urbanos es más y más desigual, y el acceso a la movilidad deviene un filtro otro tanto más poderoso para el acceso a éstas. Hemos visto en otra parte, con el ejemplo de Bogotá, que la localización alcanzaba importancia en las elecciones residenciales. La puesta en servicio de la primera línea de un sistema de transporte público masivo en 2001 (el denominado Transmilenio), comienza a introducir modificaciones en la configuración sociotemporal de Bogotá, en las accesibilidades relativas entre los distintos lugares de la ciudad. También es probable que la introducción de nuevos medios de transporte público, como el metro de Medellín, el Transmilenio de Bogotá o el proyecto de metro para Cali, conduzcan a una nueva toma de conciencia a doble título: las proximidades/distancias (atributos importantes de las viviendas) pueden experimentar modificaciones de envergadura, y esto gracias a la intervención de lo político (lo que también es muy nuevo, en ciudades donde la ineficacia de la regulación es la regla). Después de abandonar la producción de vivienda, los poderes públicos comienzan a intervenir en el campo del transporte e, indirectamente, contribuyen a una toma de conciencia cada vez más clara de la dimensión temporal de la ciudad en lo que respecta a sus habitantes. Considerando que se trata de poderes públicos, cuya acción reposa sobre diagnósticos que no restituyen la dimensión dinámica de la configuración sociespacial metropolitana, ¿eso no resulta paradójico?

BIBLIOGRAFÍA<sup>46</sup>

BRUN J. “Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine”, en J. BRUN y C. RHEIN (eds.). *La ségrégation dans la ville*, Paris, L’Harmattan, Col. Habitat et Sociétés, 1994.

BRUN, J. y C. RHEIN (eds). *La ségrégation dans la ville*, Paris, L’Harmattan, Col. Habitat et Sociétés, 1994.

---

46 Aquí no figuran las referencias que conciernen específicamente a Colombia: están incluidas en la bibliografía general que figura al final de esta obra.

- CHAMBOREDON, J. C. y M. LEMAIRE. "Proximité spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement", *Revue Française de Sociologie*, XI, n.º 1, 1970.
- COSIO-ZAVALA, M. E. "Concentration urbaine et transition démographique", *Problèmes d'Amérique Latine*, n.º 14, 1994.
- DANSEREAU, F. "Montreal: segregación socioresidencial y cohabitación social", en F. DUREAU et ál. (coord.). *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.
- DUPONT, V. y D. PUMAIN. "De la ciudad compacta a las metrópolis policéntricas", en F. DUREAU et ál. (coords.). *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.
- DUNCAN, O. D. y B. DUNCAN. "A Methodological Analysis of Segregation Indexes", *American Sociological Review*, n.º 41, 1955.
- DUREAU, F.; V. DUPONT, E. LELIÈVRE, J. P. LÉVY y T. LULLE. *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.
- GRAFMEYER, Y. "Regards sociologiques sur la ségrégation", en J. BRUN y C. RHEIN (eds.). *La ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan, Col. Habitat et Sociétés, 1994.
- HUTCHENS, R. "Numerical measures of segregation: desirable properties and their implications", *Mathematical Social Sciences*, n.º 42, 2001.
- LÉVY, J. P. y J. BRUN. "De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad", en F. DUREAU et ál. (coord.). *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.
- MASSEY, D. S. y N. A. DENTON. "The dimensions of residential segregation", *Social Forces*, n.º 67-4, 1988.
- MASSEY, D. S. y N. A. DENTON. "Hypersegregation in US Metropolitan Areas: Black and Hispanic Segregation Along five dimensions", *Demography*, vol. 26, n.º 3, 1989.
- MASSEY, D. S.; M. J. WHITE y V. PHUA. "The dimensions of segregation revisited", *Sociological Methods & Research*, vol. 25, n.º 2, 1996.

- MEYER, S. G. "As long as they don't move next door. Segregation and racial conflict", en *American neighborhoods*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers Inc., 2000.
- MILLE, M. *Les temporalités quotidiennes urbaines. L'exemple de la métropole lilloise*, Lille, tesis de Doctorado en Geografía humana de los espacios industrializados, Université Lille 1, 2000.
- MOHAN R. *Understanding the developing metropolise*, 1994.
- MORICONI-ÉBRARD, F. *Geopolis. Pour comparer les villes du monde*, Paris, Anthropos, Col. Villes, 1994.
- PAQUETTE, C. "Santiago de Chile: una segregación espacial importante y 'organizada'", en F. DUREAU et ál. (coords.). *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.
- SABATINI, F. y F. ARENAS. "Residential segregation pattern changes in Chile's main Cities. Scale shifts and increasing malignancy", ponencia en el *International Seminar on Segregation and the City*, Lincoln Institute of Land Policy, Cambridge, Mass., 2001.
- SEGAUD, M.; C. BONVALET y J. BRUN (dirs.). *Dictionnaire de l'habitat et du logement*, Paris, Armand Colin, 2003.
- SIMON, P. "La statistique des origines, race et ethnicité dans les recensements aux États-Unis, Canada et Grande-Bretagne", *Sociétés Contemporaines*, n.º 26, Paris, 1997.
- SIMON, P. "La división social y étnica del espacio parisiense", en F. DUREAU et ál. (coord.), *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega-IRD, colección Economía de América Latina, 2002.